Capítulo I

BRAVURA

293948

Ang liksí at tapang
kalasag ng̃ búhay.

(Del *Refranero tagalo*)

ENTRE las enseñanzas que el filipino recibe desde niño, no hay nada que más fuertemente se grabe en su corazón como la enseñanza del valor, del valor personal. Un autor extranjero dijo que nada admira el filipino tanto como el valor. Para él, las más grandes epopeyas de la vida son aquellas en que un pasaje de amor va entremezclado con emocionantes pasajes de heroísmo. Otro autor extranjero dijo que el filipino es valiente de suyo y que sólo otro valiente puede aquistarse su respeto. Un tercero dijo que nuestra admiración por la bravura y serenidad en el peligro es solamente igualada por nuestro desprecio a la cobardía y la puerilidad. Es decir, que, mientras cultivamos el sentimiento de la bravura, aprendemos a despreciar la cobardía.

1. EL NIÑO VALIENTE

La cualidad del niño más apreciada en nuestras sementeras—me decía un señor de provincias—es el valor.—*Ang batang iyan ay giting*—suelen decir con admiración. Lo cual equivale a: *Ahí tenéis un niño valiente y sereno.* Es porque nuestro concepto del valor va acompañado de

ese otro concepto no menos digno y útil: el dominio de sí mismo. Suponed que un niño se cae o se lastima. Inmediatamente contemplaremos este espectáculo: la madre, toda ternura, se deshace en lágrimas; pero el padre se mantiene sereno, hasta risueño, para hacer ver al niño que lo que ha pasado no le afecta para nada ni tiene importancia.—*¡Bangon at sa kabilâ namán!* (¡levántate y sigue adelante!)—se le dice entonces. Cuando el pequeño vuelve llorando por haberse dejado maltratar de otro, se le reprende por no haber resistido la acometida. Si ha tenido algún rasguño, alguna herida, se le dice:—*Malayò pa iyán sa bituka* (eso está lejos de las tripas), lo cual equivale a "eso no vale nada—no vas a morir por eso," o bien se le dice:—*Paglalamnán ka pa, at batà ka pa*—que significa: "eres niño aún, ya crecerás, ya aprenderás." A veces, en el caso de una caída, el padre le conforta recordándole la experiencia del ratón:

Hindî nálakí ang dagâ
kungdî malaglag sa lupà

(El ratón no crece
sino después de caer en tierra)

para demostrar que estos accidentes son indispensables y hasta necesarios para el desarrollo de la bravura individual. Otras veces se le dice después de sufrir un chichón:—*¡Paluin mo siyá!* (¡pégale!) lo cual equivale a decir al niño que considere el objeto causante del golpe como un

verdadero enemigo, a quien hay que devolver el golpe.

Jaime C. de Veyra afirma que la circuncisión, o el *tuli*, de nuestros niños es otra piedra de toque del valor, no sólo porque el acto mismo entraña ya un asomo de heroísmo, sino por su significación ulterior: llamar *incircunciso* a un niño es ofenderle, es llamarle cobarde.

2. EL TIRÓNG

Estas prácticas enseñan desde la más tierna infancia la resignación en el dolor, la serenidad en el peligro y, sobre todo, el espíritu de bravura. Este espíritu de bravura es fundamental en nuestra constitución psicológica, y, desarrollado después en el individuo, sobre todo en el individuo de nuestras sementeras, por medio de una serie de pruebas y de una constante educación, engendra luego esa clase de hombres extraordinarios, respetada y temida, y que en Batangas llamamos *tiróng*.

El *tiróng* es el profesional de la bravura, como el *tanggaráng* es el *amateur*. Un largo bolo, un buen vino, una buena moza: tales son sus ideales. Su atributo es el valor. El honor es su ley. Su desprecio es para el dinero y la vida. ¿Cuál fué su origen? Mi difunto tío, Cipriano Kalaw, me contó que un viejo de Lipa había llegado a conocer a una clase de hombres que iban montados en un buey o un toro, con un bolo largo en el cinto y con un *sapot* (mortaja) negro en el

hombre. Esta clase de hombres iban de pueblo en pueblo buscando aventuras. Si alguien se atrevía a molestar a alguno de ellos, retaba a singular combate al atrevido, y se empeñaba entre los dos combatientes una lucha a muerte. El *sapot* negro significaba que a todas horas estaban dispuestos a ser amortajados. Y montaban a vacuno, porque el hombre valiente no debía montar animales que corren veloces como el caballo. ¿Serían estos hombres de antaño, los padres de los actuales *tirónges?** El *tiróng* de hoy no tiene la misma misión sanguinaria, pero bebe de la misma fuente de inspiración. Su nombre es respetado. Su fama se extiende a cien millas a la redonda. Sus hazañas se transmiten de boca en boca, de generación en generación. Él es el indispensable con quien cuentan los señores de la población para toda clase de lances o aventuras. Él defiende con riesgo de su vida, a las personas y propiedades de su barrio, contra los desmanes

---

* Los *tirónges* o *tirones*, según Jaime C. de Veyra, eran gente belicosa que habitaba unos islotes entre Tawi-tawi y Borneo. En los pueblos bisayos existía la creencia de que los *tirones* eran antropófagos, cosa que otros niegan. Hacia el año 1717, el Gobierno autorizó al pueblo de Guiwan (Sámar) a armar sus embarcaciones con 500 hombres de guerra y boga para coger a los piratas *tirones* y entrar a sangre y fuego en sus territorios, como ellos hacían en el nuestro. ¿Procederían de estos *tirones* los *tirónges* de Batangas?

(DIBUJO DE I. L. MIRANDA)

EL TIRONG DE ANTAÑO

(Véanse págs. 5-6)

del bandolerismo. En una palabra, él es el hombre, es decir, el *hombrazo*.

3. LA EDUCACIÓN DEL TIRÓNG

He dicho que para ascender a esta categoría se necesita una educación, y es verdad. La posesión de amuletos o *anting-antings* constituye una de las formas de esta educación. El que los posee, y cree en su virtualidad, aprende a desafiar el peligro y a reirse de la muerte. La idea obsesionante de la propia invulnerabilidad es la inspiración luminosa de la voluntad que se hace de hierro, de la serenidad pasmosa que parece de estoico, del arrojo temerario como de fanático antiguo.

Esta invulnerabilidad es de dos clases: cutánea y ósea. Para la invulnerabilidad ósea, los *tirónges* toman un líquido que extraen de un feto primogénito abortado, el cual, después de ser enterrado por sus padres, es exhumado con sigilo por la noche, y colocado en un cañuto agujereado en su parte inferior. Las gotas que caen por el agujero se conservan en una botella hasta la cuaresma próxima. El *tiróng*, o el candidato a *tiróng*, durante la Semana Santa, bebe a tragos de la maravillosa substancia hasta el Sábado de Gloria que es cuando se practica la *iniciación*. El candidato se va a un riachuelo y allí se baña, y después del baño salta sobre unas cañas puntiagudas para probar su invulnerabilidad. Caso de salir con éxito, se hace la prueba del bolo.

Para la invulnerabilidad cutánea se conservan en una vasija de alcohol o espíritu de vino, los restos del mismo primogénito abortado, después de haberlos resecado previamente, y, luego, se bebe el líquido, conocido con el nombre de *hanker*. Dicen que es preciso que el feto esté sin bautizar, aunque el *tiróng* se ve obligado a rezar una oración en sufragio de la almita del difunto.

4. DICHOS Y REFRANES

Esta clase de hombres tiene sus dichos, sus locuciones, lo que llamaríamos su refranero, para la exaltación del valor y de la serenidad. Por ejemplo, ellos dicen:—*Mataas na sa tao ang mamatáy* (todo lo más que le puede pasar a uno es morir);—*Pareho kitáng kumakain ng̃ kanin* (yo como morisqueta igual que tú);—*Hindî ko kailang̃ang hagdanán ang iyong bituka* (para sacarte las tripas no necesito escalera);—*Anomang kamandag ay may lunas* (todo veneno tiene su antídoto);—*Pagdating sa guhit ay dî ka lalampas* (cuando llegues a tu raya, no pasarás); —*Bago maalaman ang isáng pitis pag naraanan na ng̃ pamalís* (literalmente: no se descubre una rendija sino después de un barrido; quiere decir: el valor se aquilata después de la lucha);—*Ibá ang kalastî ng̃ bakal sa kalastî ng̃ pinggan* (el sonido del acero es diferente del sonido del plato);—*Kung anóng kamulatan ay siyáng pinagkakatandaán* (literalmente: lo que se ad-

quiere de niño, se conserva en la vejez; quiere significar: el hijo de un valiente es también un valiente), etc. Dicen las crónicas que los antiguos guerreros, antes de partir para el combate, prestaban este juramento: "Que no me quieran las mujeres y que desprecien mi amor, si no vuelvo victorioso de la lucha." Una creencia arraigada entre los filipinos aún antes de la llegada de los españoles, era que sólo podían subir al Paraíso los justos, los que no hacían daño al prójimo y los valientes.

En lo que respecta al valor, en general, tenemos varios proverbios que lo enaltecen. En Ilocos se dice: *Vale más un corazón grande que un brazo de gigante pero sin valor.* En tagalo decimos:

Ang bayaning masugatan
ay nag-iibayo ng̃ tapang.

(El valiente herido
reduplica su valor.)

Ang tunay na bakal
sa apóy nákikilala.

(El verdadero hierro
se conoce en el fuego.)

Equivalente al dicho bisaya:

An matuud ng̃a bulawan
kinikilala sa sanghiran.

(El verdadero oro
se conoce en la piedra de toque.)

Ang lalaking tunay na matapang
dî natatakot sa paná-panaan.

(El verdadero valiente
no teme las flechas de juguete.)

Nosotros no queremos un valor provocativo, pendenciero, y por eso hay este otro proverbio:

Ang lihim na katapangan
ay siyáng pakikinabangan.

(El valor oculto
es el que aprovecha.)

Isabelo de los Reyes dice que el *moro-moro* ha contribuido mucho a la educación del valor. Lo que hay es que en aquel ambiente secular de depresión moral nuestros abuelos procuraban, por todos los medios, inculcarnos aquella enseñanza. Todo contribuía a ello, en efecto, por modo eficaz: nuestros corridos y *awits*, nuestras leyendas, la vida de nuestros héroes epónimos, nuestros poemas caballerescos, nuestras comedias de matanzas, nuestros cantos-guerreros, nuestras fábulas, originales o prestadas, nuestros sueños mismos, todos los cuales nos hablan del valor como de un talismán maravilloso, como una quimera sólo realizable por la serenidad, la educación y el sacrificio.

5. SARÓNG BAYANI

He aquí la emocionante tradición de Saróng Bayani. Mariano Ponce nos la cuenta. Saróng Bayani era un anciano labrador, cuyo origen no se conoció jamás. Como hablaba varios

dialectos, lo mismo podía ser de Pampanga como de Nueva Écija, de Pangasinán como de Bulakán. Saróng Bayani tenía fama de valiente: poseía *anting-anting*. Un día supo que en una cueva de las montañas de Angat se cobijaba una cuadrilla de malhechores, y allá fué. En una lucha titánica venció a todos, desde el jefe hasta el último *tulisán*. El capitán desenfundó su puñal para matarle, pero, en vez de hundirse el arma en el cuerpo de Saróng Bayani, se clavó en la pared de la cueva, de donde no pudo arrancarla más. Furiosos los bandidos, se lanzaron sobre él, decididos a matarle; pero vieron con sorpresa suspendidos sus bolos en el aire, sin rozar siquiera la cabeza del héroe. Instalóse Saróng Bayani en la cueva desde entonces, colocando en el dintel de la puerta de su choza, a guisa de centinela, un muñeco de trapo, para que nadie se atreviese a profanar su habitación. Un día, un hombre que se jactaba de valiente, pretendió robar el muñeco, pero al momento quedó sordo, mudo y manco. Saróng Bayani surcaba la superficie del mar en un barquichuelo sin que le molestasen para nada ni los vientos, ni las tempestades, ni las olas rugientes y bravas.

6. LA ESPADA DE LAM-ANG

En Ilocos hay un antiguo poema popular, el poema de Lam-ang. Lam-ang, después de nacido, preguntó por su padre. Su madre le dijo:

—Tu padre se ausentó cuando aún estabas en mi seno yendo al país de los igorrotes.

Y Lam-ang contestó:

—Madre Namungan, permite a tu hijo buscar a su padre donde quiera que esté.

Y el hijo buscó a su padre. Lam-ang poseía amuletos, piedras milagrosas, y cuando pasaba por los bosques los bambúes reventaban. Luego vió un árbol corpulento y bajo su sombra se durmió. Tuvo una horrible pesadilla: vió a un hombre que le decía:

—Mi amigo Lam-ang, date prisa, que están festejando la calavera de tu padre.

Lam-ang se levantó sobresaltado, recogió su arma y empezó a andar. Llegó al monte Kangisitan, y vió, en efecto, la calavera de su padre que los igorrotes paseaban como un trofeo.

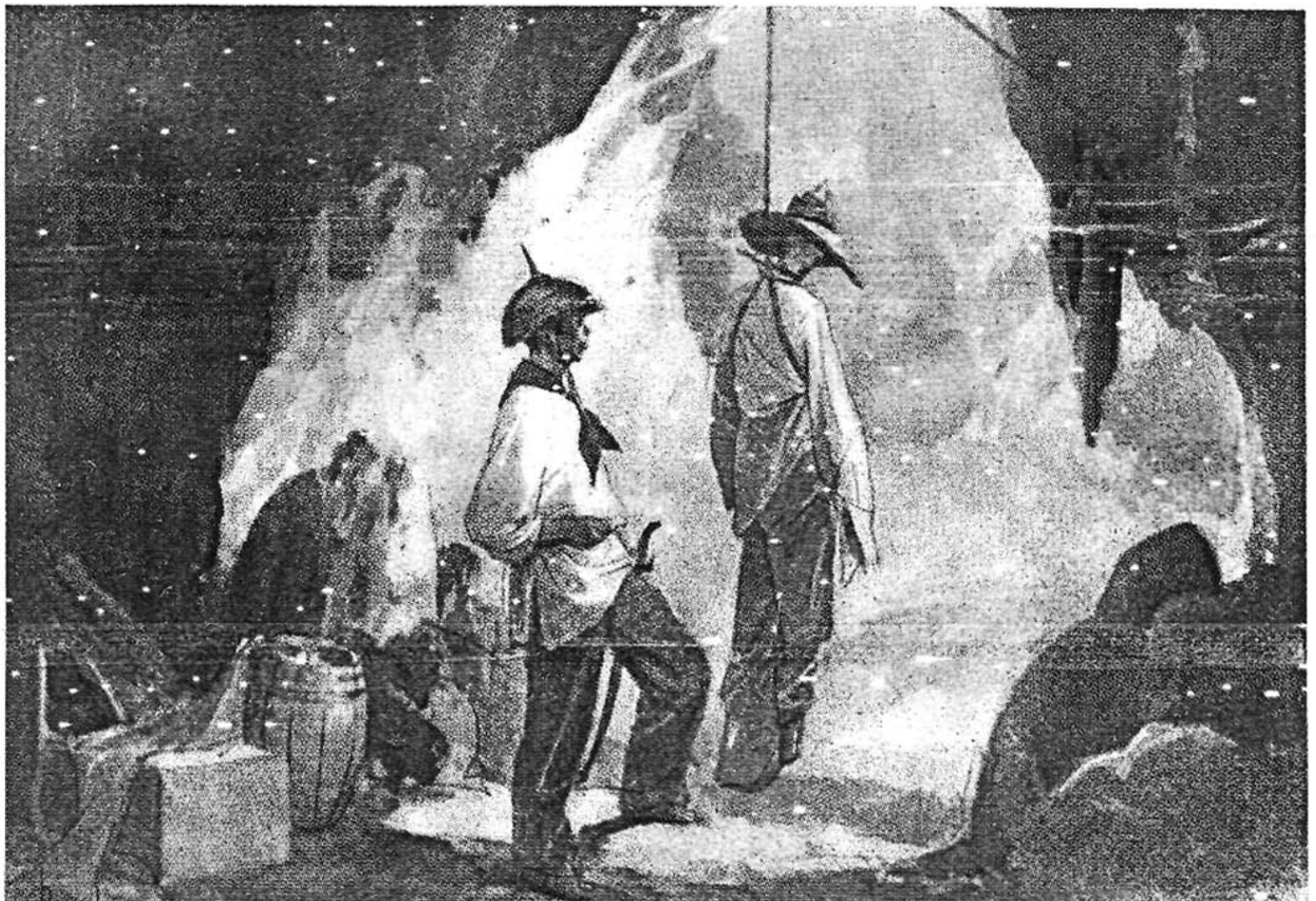
—Permitid que os pregunte—dijo—¿qué delito ha cometido mi padre?

Entonces le contestaron:

—Mejor es que te retires a tu casa, si no quieres correr la misma suerte de tu padre.

—Contén la lengua, bravo Gumakás,—replicó Lam-ang al igorrote.

Entonces empezó la batalla. Lam-ang hizo uso de su amuleto y de un salto se situó en el centro de la llanura, haciendo de paso resonar sus sobacos con los brazos, y sus piernas con los pies. Y una lluvia de saetas cayó sobre el valiente Lam-ang, quien las recibió como si fueran buyo con cal. Y cuando los pintados igorrotes



LA CUEVA DE SARÓNG BAYANI (DIBUJO DE P. AMORSOLO)

(Véase pág. 11)

acabaron de disparar todas sus lanzas sin resultado alguno, Lam-ang les dijo:

—Ahora me toca a mí.

Desenvainó su espada y la hundió en la tierra, comió luego las partículas de tierra que se pegaron a la espada para que le sirvieran de *anting-anting*, y dijo:

—Preparaos a recibirme.

Y llamó al viento fuerte, y se abalanzó sobre sus enemigos, a quienes mató con su espada repartiendo tajos y mandobles a diestro y siniestro. Todos cayeron menos uno, a quien Lam-ang se entretuvo en martirizar dejándole tullido, tuerto y manco para ejemplaridad de los suyos. Cuando Lam-ang volvió, dijo a su madre:

—Dame el *oro boloanon*, las nueve cadenas que revientan al sol para atar mi gallo blanco de escamas amarillas y mi perro pastor de pintados colores. Voy a dirigirme al pueblo de Kalanutian a pedir la mano de Doña Inés Kanovan.

Su madre se oponía porque Doña Inés tenía pretendientes ricos, pero Lam-ang, que tenía fe en su buena estrella, siguió su camino. En el camino encontró al amigo Sumarang, que venía del mismo pueblo de Kalanutian.

—No prosigas tu camino—le dijo Sumarang a Lam-ang:—tú no eres digno del amor de Doña Inés. Allí ví a muchos pretendientes ricos, pero nadie consiguió su corazón.

Viendo Sumarang que Lam-ang no se convencía, le invitó a luchar, y entre los dos se enta-

bló un duelo formidable. Lam-ang llamó con la mano al viento fuerte y en seguida arrojó su espada sobre su adversario. Nueve colinas recorrió en vuelo el cuerpo del pobre Sumarang, atravesado por la espada del intrépido Lam-ang. Ya frente a la casa de Doña Inés, puso en el suelo su gallo blanco, el gallo sacudió sus alas, y Doña Inés Kanoyan se asomó a la ventana.

—Vístete, Doña Inés,—la dijo su padre—que ha llegado el valiente Lam-ang.

Los demás pretendientes ricos quedaron confundidos de vergüenza.

—Hermano Lam-ang,—dijo Doña Inés,—apresura tus pasos y dame tu mano: tengo muchas ansias de verte.

Y después se celebró la boda que fué la más regia de aquellos lugares y de aquellos tiempos.

7. PABLO MARALIT

En una parte de Batangas tenemos también un nombre popular, mitad histórico y mitad fabuloso: D. Pablo Maralit. Si nos atenemos a las crónicas, este prodigioso caballero fué gobernadorcillo de Lipa hacia el año 1714; pero ¡se cuentan de él tan bellas y sorprendentes hazañas! . . . Para el traslado de la iglesia y convento de Lipa al sitio donde están hoy, se necesitó el concurso del vecindario. D. Pablo Maralit fué nombrado capitán de los *bagong-taos* y la bella

Doña Catalina, capitana de las *dalagas*. Doña Catalina dijo un día:

—Quiero para esposo a un hombre valiente.

Y Don Pablo Maralit se presentó. Sabía luchar contra serpientes, endriagos, trasgos, ladrones, etc. Su heroísmo era reconocido por los mismos igorrotes y joloanos, según refiere la leyenda. Un día se dejó arrojar a un pozo del monte Makolot, de tal manera que sus acompañantes le tuvieron por muerto. Se rezaron sufragios por el descanso de su alma; pero ¡cuál no fué la sorpresa general, cuando en el momento en que se celebraba el noveno día de los sufragios, se le vió llegar cruzando a pie, sin hundirse, el lago Bombón! . . .

8. GAT LAYNÉS

A orillas de este mismo lago, en el sitio de Bayuyungan, vivía un tiempo el poderoso cacique Gat Laynés, dice la leyenda. El cura del pueblo inmediato de Talisay no celebraba misa en días de fiesta sin esperarle. Gat Laynés iba a misa cruzando el lago, en su banca con proa de plata, en dirección a Talisay. Ocurrió que un día de domingo, Gat Laynés no llegaba, y como el cura tenía hambre celebró misa sin aguardarle. Gat Laynés se enfureció, y en unión con otros héroes, como Gat Sungayan, Gat-Paguil y Makabunot-Palasan, mandó a su gente que secues-

traran al cura y le llevaran en hamaca pasando por los montes. En un sitio cerca del volcán de Taal, el cacique mandó acorralar al cura dejándole allí preso. El cura, furioso, sacó un puñado de barro y lo esparció, y, dirigiéndose luego al cielo, dijo:

—Que todo esto se hunda y se despedace, y que sobre ti, pueblo sin fe, ¡caiga esta mi maldición que, por espacio de tres siglos, ninguno de tus hijos vestirá traje sacerdotal!

La maldición se cumplió. El volcán de Taal vomitó lava y cenizas. La población huyó despavorida. Y Talisay, lo mismo que Tanawan, no tuvo la dicha de ver sacerdote a ninguno de sus hijos por muchos años. El sitio del encierro se llamó desde entonces Pinagolboan.* Todavía existe.

9. ISIDORO GUINTO

En Pampanga, existe el nombre heroico de Isidoro Guinto. Isidoro Guinto se unió a las huestes de capitán Magtabing con grado de teniente, para contrarrestar los abusos de los españoles.

—Yo quiero ascender a capitán—dijo a su jefe.

Y el jefe le contestó:

—Mientras no vea en ti un acto de audacia, no puedo ascenderte.

---

* Sitio que fué de encierro.

—Ordenad entonces lo que queráis—replicó Isidoro.

—Mira,—dijo el jefe—allá en el río de Sexmoan hay un cocodrilo grande que resta al pueblo más de cincuenta vidas al año: ¡mátalo!

Entonces nuestro héroe sacó su puñal y se tiró al río. Al cocodrilo que, según la tradición, tenía el tamaño de un casco, le faltó tiempo para engullirle todo entero al pobre Isidoro. Todo el mundo le dió por muerto. Mas, ya en el estómago del saurio, Isidoro se acordó de su puñal, y, en vez de encomendar su alma a Dios, abrió un boquete en el vientre del animal y por allí se escapó. Al día siguiente, el cadáver del cocodrilo aparecía flotando en el río, mientras la población festejaba la audacia del héroe.

10. HÉROES LEGENDARIOS Y REALES

Nuestras leyendas nos hablan del rey Bernardo de los tagalos, preso todavía en la cueva famosa de San Mateo, pero llamado a libertar después a su raza de toda dominación extranjera. Las tradiciones bicolanas nos hablan del rey Baltog, del guerrero Nandiong y de otros tantos héroes que salieron victoriosos en mil combates y que mostraron arrojo y osadía. En Ilocos existieron el rey Nalong y el rey Almasan. En Cebú se cuentan las bizarrías del rey Copas. Cada región ha tenido, pues, sus héroes de este tipo. En esos libritos populares, llamados *originales*, alimento espiritual de generaciones y generaciones de

293948——2

filipinos, no hay más que batallas y sangre, grandes héroes imposibles

Sa matá'y nátulò ang apóy ng̃ galit,
at ang sable'y dugô ang ipinapawis

(De los ojos manando fuego de odio
y el sable exudando sangre del enemigo)

según el autor anónimo de "Don Gonzalo de Córdoba." El alma popular se recrea en su lectura buscando tipos de guerreros favoritos en medio del estruendo de las batallas.

Esas narraciones, muchas de ellas faltas de verosimilitud, grabadas en la ardiente imaginación de nuestros niños, despiertan ese culto noble y generoso del valor, puesto al servicio de una idea,—quimera o realidad. Ellas constituyen todavía, especialmente para la juventud de nuestras masas ínfimas, una parte de la educación que se recibe del pasado para servir después, ayudadas por ejemplos reales posteriores, de estímulo a las más grandes conquistas del heroísmo y de la voluntad.

Hay en la novela *Ninay* de Paterno (la más antigua novela filipina) un personaje popular muy interesante, Berto—un tipo de hombre valeroso, cuya fama traspasó los límites de su pueblo. Un día, en medio del regocijo popular, se presentó en la plaza pública un *karabaw* cimarrón venido de los montes inmediatos. La multitud, presa de pánico general, no sabía qué hacer. Algunos se habían echado a correr, otros se pre-

pararon a batir al animal, aunque nadie se atrevía a hacerlo de verdad. Berto se abalanzó, incorporándose con rápida destreza sobre el dorso del *karabaw*, y, caballero sobre él, le hundió su *talibóng* varias veces en el vientre, hasta que murió. Se cuentan de Berto otros rasgos de valor. Una casa en la población fué presa de voraz incendio, y en medio otra vez del pánico general, la multitud vió a un niño infeliz que extendía sus manitas en la ventana de la casa, pidiendo socorro. Berto, de improviso, subió a la ventana, ya en llamas, salvando milagrosamente a la criatura. Habiendo sufrido agravios sin cuento, injusticias y atropellos bajo el gobierno español, se hizo *tulisán*, es decir, un *tulisán* de aquellos tiempos, que significaba vengador político, instigador revolucionario. Decían que por escalar los montes de San Mateo, *Los Montes de la Libertad*, debía tener la ejecutoria de un hombre de valor. Así fué. Mató a opresores, salvó a víctimas del infortunio, defendió a amigos ricos perseguidos, con su sola arma maravillosa: su valor y su decisión. Como Elías, en la novela de Rizal, Berto pasó a la imaginación popular como un héroe de leyenda.

Mas, donde las enseñanzas del valor adquieren mayor eficacia es en las anécdotas de la vida real, de la vida sin fábula ni ficción, de hombres valientes que fueron. En este punto, cada región multiplica sus héroes, muchos de ellos anónimos. Cuando vivía D. Ángel Maralit, de

Bolboc, Batangas, me decía que esta generación nuestra está decaída, porque ya no cuenta con aquel tipo de hombres bravos e íntegros, que florecieron anteriormente.—Había en los antiguos más arrogancia,—repetía—más integridad, hasta mejor tipo físico: debajo de su *salakót* de plata, pensaba una cabeza de testarudo; debajo de su camisa tagala, latía un corazón de hierro . . .

11. DÁMASO VILLAPANDO Y SUS HIJOS

En Batangas tenemos algunos ejemplos. D. Dámaso Villapando era un viejo apodado *Tadtad* por las muchas cicatrices causadas por arma blanca en todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies. En una lucha contra cuadrilleros y carabineros de entonces, recibió otras heridas más, habiéndose tenido necesidad de llevarlo en camilla a la población, juntamente con un sargento de carabineros herido por él. Ya en la casa-tribunal, como la noche era fría, el sargento lanzaba gritos por el dolor de sus heridas. Como los gritos arreciaban, el viejo *Tadtad* medio quiso levantarse de la camilla para decir al Alcalde:—Señor Alcalde, traédmelo de nuevo para rematarle; ¿quién le ha mandado meterse en este lío?

El viejo Dámaso fué padre de muchos hijos, dos de los cuales fueron tan célebres como el padre, y se llamaban Gabriel y Baltasar. En una procesión religiosa en el atrio de la Iglesia, Gabriel riñó con el cura oficiante, armándose des-

pués una tremenda confusión. Baltasar, que intervino en la riña, dió una sonora bofetada al cura, el cual empezó a gritar pidiendo socorro. Naturalmente, los dos hermanos fueron presos y llevados a la cabecera, pero las autoridades tuvieron mucho cuidado de no hacerles pasar por el camino ordinario, porque se decía que el viejo *Tadtad* estaba apostado en un sitio, dispuesto a rescatar a sus hijos aún a costa de su vida. Ya en la cabecera, el menor, Gabriel, fué absuelto, pero no Baltasar, a quien le trasladaron después a la prisión de Tayabas. Nunca se supo el verdadero motivo de este traslado, aunque se cree que fué porque Baltasar armaba motines entre los *presos para pedir la reforma del régimen penitenciario*, el cambio de comida, etc.

En Tayabas, Baltasar se dió a conocer todavía como hombre íntegro y de valor. Se cuentan muchas anécdotas de él en esta provincia. Estando jugando al burro un día con algunos curas y principales del pueblo, éstos notaron que Baltasar estaba infringiendo las reglas del juego. Cuando le echaron en cara esta falta, Baltasar se ofendió, y, levantándose y blandiendo su puñal, dijo:—La verdadera ley, para mí, es defender mi dinero con mi arma.—Sus contrincantes huyeron.

Cuando era gobernadorcillo, llegó a su pueblo un español, que le pidió una cama en que descansar. A esto Baltasar contestó que, no tenien-

do cama para él, mal podía proporcionársela a los demás, y que el español debía acostarse en el suelo como él lo hacía.

12. GALO MAKASAET

D. Galo Makasaet era cuñado del anterior. Fué un hombre sin cultura, pero razonaba clara y vigorosamente. Doblemente homicida, por necesidad o por defensa natural, hacía gala de un valor indomable y audaz al defender sus intereses y convicciones. Solía decir que era preferible a todas las muertes la causada por una bala, porque le libra a uno de la agonía. Muchas veces estuvo en peligro inminente de morir asesinado por enemigos ocultos, pero su sangre fría y el dominio de sí mismo le salvaron prodigiosamente. Una vez le encerraron en la cárcel por haber maniatado y metido preso a un miembro de la misma Guardia Civil. Antes de darle la libertad, el comandante le dijo:

—Te pongo en libertad, no por ti, sino por tus amigos poderosos; pero para otra vez ya no te valdrá la influencia de nadie.

Nuestro hombre prometió al comandante no reincidir, pero a su vez le recomendó que no debía tener soldados cobardes que se dejaban maniatar por otros.

13. SEBASTIAN MALABANAN

Todavía alcancé a nuestro famoso Capitán Sebastián Malabanan, ya octogenario. Tenía

el arrogante tipo de los antiguos, alto y bien formado, con su camisa de sinamay y su sombrero *salakót*. La fama de Capitán Sebastián en sus buenos tiempos traspasó los límites de su provincia: tenía un valor a toda prueba y una serenidad pasmosa ante el peligro. Le atribuían un poder magnético, puesto que, cuando era capitán de cuadrilleros, al intimar la rendición a los criminales, éstos se sometían sin resistencia y se dejaban arrestar muy sumisos, lo que no podía lograr ningún otro entonces. Hacia el año 1860, yendo un día a caballo por la carretera de Tanawan, se encontró en el barrio de Inosloban con un español que iba en dirección contraria. Al verle cerca procuró desviar su caballo para dar al español la preferencia, pero el caballo—que era duro de boca—no obedeció a la indicación del jinete y sus cuartos traseros chocaron con el caballo del español. Éste lo tomó muy a mal y propinó un latigazo al jinete; pero Capitán Sebastián, sin inmutarse, cogió su látigo y devolvió el golpe con otra buena tunda. El español, encolerizado, echó mano de su revólver; Capitán Sebastián desenvainó entonces su largo bolo y se mantuvo firme esperando el disparo. Algunas horas después se comentaba en la población aquel rasgo de valor de quien se atrevía a luchar contra un representante de la soberanía.

Dicen que un día sus adversarios políticos le prepararon una encerrona. Capitán Sebastián tenía una amiga en las inmediaciones de la po-

blación, a cuya casa solía ir por las noches. Sus adversarios, a semejanza de los filisteos de Sansón, indujeron a la amiga, para que, una vez dentro de la casa Capitán Sebastián, cerrara puertas y ventanas, mientras unos hombres armados hasta los dientes se encargarían de luchar con él. Cuando Capitán Sebastián entró en la habitación, sus enemigos se abalanzaron sobre él. La lucha fué titánica, protegida por la oscuridad. Los vecinos de la casa que se habían enterado de la lucha entablada, se admiraban después de cómo este hombre, sorprendido por un número superior de adversarios armados, no profirió una sola queja, ni un solo grito de socorro, durante aquellas dos horas mortales, hasta que sus enemigos, desesperados, tuvieron que declararse en retirada. De esta refriega Capitán Sebastián conservó hasta la muerte como recuerdo varias cicatrices causadas por arma blanca.

Se cuentan otras mil anécdotas del valor de este hombre extraordinario. Él no era pendenciero ni camorrista. Al contrario, aconsejaba siempre la paz y se dice que procuró siempre evitar todo lance personal, a menos que fuera irrecusable para su honor. Napoleón decía que la clave del triunfo en una guerra es aprovecharse del momento de pánico del adversario. Capitán Sebastián seguía este principio: él solía decir a sus admiradores:—No hay hombres valientes ni miedosos: todo es cuestión de ocasión: si la oca-

CAPITÁN SEBASTIÁN Y EL KASTILA (DIBUJO DE D. CASTAÑEDA)

(Véase pág. 23)

sión te favorece, aprovéchala; deténte en caso contrario. Diría con el Florante:

Kung sa katapanga'y bantog si Aladín
may buhay din namáng sukat na makitíl.
(Aunque Aladín tiene fama de valiente
debe cuidarse de su vida que puede peligrar)

o recordaría aquel antiguo proverbio tagalo:

Ang pag-ilag sa kaaway,
siyáng katapangang tunay.
(Quien del enemigo sabe cuidarse
es el verdadero valiente.)

En Tanawan había entonces un famoso jefe de bandidos, llamado Pedro Jorge. Uno de los enemigos de Capitán Sebastián, que no se atrevía a luchar con él frente a frente, avisó al famoso jefe que Capitán Sebastián iría aquel día a jugar en Tanawan llevando mucho dinero, y que era ocasión de desbalijarle. Después, aparentando lealtad a Capitán Sebastián, le anunció que había tenido noticias de que Pedro Jorge estaba esperándole en el camino de Tanawan para quitarle los cuartos. ¿Qué hizo nuestro héroe? Llamó inmediatamente a uno de sus auxiliares, y sin dar tiempo a nadie, los dos fueron directamente a la guarida de Pedro Jorge. Al encontrar a éste rodeado de los suyos, Capitán Sebastián desenvainó su bolo y haciendo sonar su dinero, dijo:

—¿Es verdad que quieres quitarme este dinero? Tómalo; pero vénceme antes en lucha igual.

El bandido, sorprendido, y viendo la decisión de Capitán Sebastián, se arrodilló ante él pidiéndole perdón.

14. NICOMEDES Y CAPITAN FÉLIX

La gente de Panay refiere las proezas de un tal Nicomedes. Nicomedes era comisario, durante el Gobierno español, para capturar bandidos. Cuéntase que era tan temido que, a la sola noticia de su presencia en un lugar, muchos bandidos se rendían sin lucha. Entonces Nicomedes cortaba a cada uno una oreja, y le decía:

—Yo te corto una oreja como garantía de que vas a cumplir tu promesa de no volver a ser bandido: te perdono; márchate en paz y sé un hombre de bien.

De entre los desorejados por Nicomedes ninguno, según se cuenta, volvió a cometer fechoría alguna.

Refieren que en Kabite vivió un contemporáneo y rival del batangueño Pablo Maralit, llamado Capitán Félix. Era natural de Imus. Entre sus hazañas se cuenta la siguiente: En aquellos tiempos era famosa una partida de siete tulisanes, terror de aquellas comarcas. Capitán Félix, siendo aún muy joven y queriendo ganar fama y prestigio, fuése a la guarida donde se escondían los tulisanes. Encontró a una vieja en la guarida.

—Siéntese—le dijo la vieja,—mientras preparo la comida. Pronto llegarán.

Invitado por la vieja, nuestro joven comió, y apenas había despachado su pitanza, cuando los

tulisanes llegaban también para comer. El jefe de la partida terminó el primero entre sus compañeros. Y levantándose de su asiento se fijó en el bolo de nuestro joven, que estaba colgado en el tabique. Lo desenvainó y curioseó el arma. Después, tirándola al suelo, dijo:

—¿De quién es este instrumento inútil?

Nuestro joven, en quien hasta entonces nadie de ellos se había fijado con atención, sintióse ofendido, y acercándose al bandido le dijo:

—Esta arma es muy apreciada de su dueño, y dondequiera que se la saque de su vaina, se forma el vacío. Siendo Vd. el primero que la desprecia, pruébela ahora.

Y arrebatando el bolo de manos del jefe, le dió un tajo mortal. Los compañeros tulisanes fueron en auxilio de su jefe, pero estando indefensos, tres de ellos resultaron muertos en la refriega y los demás huyeron despavoridos. Dícese que esta hazaña se celebró en la comarca y el joven Félix fué nombrado, en consecuencia, comandante de la provincia.

15. HÉROE LEYTEÑO

Jaime C. de Veyra me cuenta que conoció en Tanawan, Leyte, un tipo real de hombre, cuyos hechos tal vez pasen a la categoría de leyenda, al andar de los tiempos.

Era de la categoría de "Jorge Sin Miedo." En realidad era todo un valiente, pero hombre de valor juicioso, porque no era pendenciero. Había medido sus brazos y cruzado sus armas no

solamente con personas como él sino con seres que parecían más bien invenciones de la imaginación popular. Se decía que este hombre tenía el raro signo de ser perseguido por fantasmas. Parecía más bien que su espíritu entero le solía llevar a sitios temidos por el común de las gentes.

Cerca de un río del pueblo había una clase de cañas de color amarillento, y la superstición vulgar decía que en ellas hacían sus apariciones los fantasmas. Nuestro hombre encontró el sitio adecuado para su amor a la soledad (era soltero y solía vivir solo), pues no había vecindad en varios metros a la redonda. Allí levantó su casa, y se cuenta que, desde que habitó en ella, no tuvo noche de reposo: era visitado y molestado por apariciones de todas categorías. Aburrido, más que atemorizado, abandonó el sitio y se fué a otra parte.

Eligió las cercanías del cementerio de la población, cuyo camino era el mismo que conducía a la puerta de la necrópolis. Con toda intención había levantado una casita desproporcionadamente alta en relación con su anchura; se decía que su altura mediría como 3 cuerpos de hombre hasta el suelo. Una noche, nuestro hombre se había retirado a las 11 pasadas, después de una francachela con algunos amigos. Apenas se recogía en cama, notó que una persona había asomado el busto en la puerta: su cálculo era que aquella aparición no había subido por la escalera sino que tenía los pies en tierra, y, sin

embargo, su busto llegaba a la puerta. Nuestro héroe no se encogió; se incorporó en la cama, dirigió la palabra al visitante preguntándole por su objeto; y como repitiera la pregunta varias veces sin obtener contestación, cogió su *sundang* (bolo) y con el arma se dirigió al que tomó por *adversario*.

Él mismo cuenta que el advenedizo le tomó por los sobacos y le echó fuera de la casa. Fué tan violenta su caída, que el *sundang*, bien esgrimido, se clavó en el suelo hasta cerca del puño, escapándose de sus manos. No tuvo tiempo ni fuerzas para arrancar el arma, entrando a luchar brazo a brazo y cuerpo a cuerpo con su gigante adversario. La lucha duró como dos horas. Cansado y molido, hubo de dejarle su contrario, y entonces fué cuando él abandonó el sitio para ir a la población en busca de lumbre, aprovechando a la vez la oportunidad para contar el incidente. Nadie le quiso creer, pero tampoco se atrevió nadie a acompañarle al sitio de la ocurrencia.

Cuando a hora muy temprana del día siguiente la curiosidad de las gentes, que se habían enterado del lance de la noche anterior, les había llevado al lugar, todos los que fueron allí atestiguaron haber reconocido todos los alrededores, donde había un cañadulzal entre otras plantaciones, y aseguraban todos que el campo parecía haber sido teatro de una lucha entre carabaos bravos, a juzgar por las huellas que habían dejado.

Nuestro hombre decía, además, que su adversario iba acompañado de otro de igual estatura, pero que presenció el combate con las manos cruzadas.

16. VALOR PERSONAL Y VALOR PATRIÓTICO

He querido citar estos ejemplos de un valor personal, puramente personal. No he querido hablar de ese otro valor, del valor heroico, del valor patriótico, de que hay abundantes ejemplos en nuestras guerras por la libertad, porque el guerrero que va a la lucha posee la obsesión de su patria, es un alucinado; mientras que el valiente que sólo lo es por querer serlo, hace del valor una materia de educación y hasta de *sport*. Lo primero es un atributo colectivo, lo segundo es un mérito individual.

Los actos de valor que se derivan de estas enseñanzas no tienen nada que ver con la enseñanza patriótica que es de otro género distinto. Son puramente personales. Sus miras son la dignificación humana, la gloria de una voluntad que se impone, el triunfo del valor sobre el miedo.

Ang liksí at tapang,
kalasag ng̃ buhay.

(El valor y la destreza
son escudos de la vida.)

—dice nuestro proverbio. El mundo es del valiente, dice un proverbio alemán. La higuera que mira a otra higuera, acaba por fructificar,

añade un proverbio árabe. El ejemplo heroico de los tiempos pasados—nos enseña Arturo Helps—es la principal fuente del valor de cada *generación: los hombres avanzan tranquilamente* a la conquista de las empresas más peligrosas, impelidos hacia adelante por las *sombras* de los bravos que dejaron de existir . . .

Capítulo II

HONESTIDAD

Ang dalaga kung magaslaw
parang asíng nahahanay.

(Del *Refranero tagalo*)

SI QUERÉIS BUSCAR a la filipina típica, aquella que nuestros abuelos criaron y educaron con paciencia, cerrad vuestros ojos por un momento: la encontraréis todavía. No está en las grandes ciudades, en las metrópolis de la moderna civilización: está, por el contrario, lejos, en alguna aldea lejana y apacible, en una casa de modesta apariencia, sencilla pero limpia, donde los años han dejado huellas inconfundibles de su paso. Preguntad entonces cuál es, entre las mil cualidades heredadas, la que más la enaltece, la que más la caracteriza, y os contestarán en seguida: su recato, su pudor, su modestia, su sencillez. Vamos a resumir todas estas virtudes en una sola palabra: *honestidad.* La honestidad es para la filipina lo que el valor es para el filipino: dos principios cardinales de nuestra educación individual. Según Loarca, una de las injurias más graves que podía cometerse contra el bello sexo en Filipinas antiguamente, era quitar a una mujer su manto en público, o bien perseguirla hasta que el manto cayera al suelo. El manto era el emblema del pudor. La mujer sin honestidad es una flor sin aroma ni color, dice un aforismo ilocano. La mujer filipina—afirmaba el P. Gaspar de S. Agus-

tín—es muy honrada y mucho más si es casada, y aunque se cuezan habas no es a calderadas. Es castísima en extremo, añadía el P. Ordoñez de Cevallos. Es—decía, por su parte, Retana—pudibunda y recatada como por instinto: su recato es más bien hijo de añeja costumbre.

Esta cualidad viene, pues, de muy lejos. Es resultado de una educación rigurosa, tan rigurosa que su principio expositivo es hasta hoy, para muchos, un dogma. Por este mismo principio se ha considerado,—sin fundamento suficiente—que la mujer filipina es refractaria al progreso.

1. LEYENDAS

Vamos a empezar por las leyendas. Las hay muy antiguas. La que explica, por ejemplo, el origen de la humanidad está reproducida en las viejas crónicas, y es la siguiente:

Refiérese que en un principio no había más que cielo y agua, y que el agua, agitada por un pájaro azul llamado *Tigmamanukin*, se alzó sobremanera hasta amenazar el cielo con sus olas airadas; pero *Bathalà*, el Creador, el Arquitecto, a fin de apaciguar a *Tigmamanukin*, arrojó al agua rocas gigantescas que luego formaron las Islas. En una de estas Islas se posó el pájaro para descansar. La unión de la tierra y del agua produjo luego la caña de bambú, una porción de la cual vino a parar a los pies de *Tigmamanukin*. Éste, lleno de curiosidad, picoteó la caña quebrándola, y ¡cuál no fué su sorpresa al

ver que de un cañuto salió el primer hombre, y de otro cañuto, la primera mujer! El hombre, al ver a la mujer, toda belleza, dijo: ¡*Ba!*, del que vino la palabra *Babae* (mujer); y la mujer, no menos admirada del vigor y la hermosura del varón, exclamó: ¡*La!*, y de aquí vino la palabra *Lalake* (varón). Los dos, suspensos y admirados ante la belleza de la creación, dijeron: ¡*Ha!*. De estas sílabas juntas se formó la palabra *Bathalà*, que quiere decir Dios, Creador de todo. Ahora bien, negándose la mujer a unirse con el varón alegando que eran hermanos, *Bathalà* forzó la unión produciendo un temblor muy fuerte. Sólo de esa manera la primera mujer se unió con el primer hombre, y la tierra fué poblada.

La leyenda de la *Dalaga* (doncella) es muy bonita y dice así:

Daga (que significa virgen) era una bellísima doncella, hija de un *Maguinoo* que la amaba mucho. Estando enamorada del Sol, le consagró su virginidad. Un día caluroso, *Daga* se bañó en una solitaria fuente, durmiéndose después a la sombra de un cañaveral. Aquí un rayo de Sol bajó para amarla, y ella concibió, y, aunque virgen, dió a luz un niño entre los cantos de los pajarillos. Cuando el padre de *Daga* supo el acontecimiento, la echó de su casa y furiosamente escribió el signo del varón, *La*, en medio del nombre de *Daga*, en señal de deshonor. *Daga* o *Dalaga*, llena de dolor, volvió

a su niño para estrecharlo entre sus brazos, y, como la noche se acercaba, le colocó entre hojas y flores para que durmiera. Las sampaguitas abrieron sus pétalos y lactaron al recién nacido. La doncella volvió después de algún tiempo a la casa paterna, y, reconocida su inocencia y virginidad, el padre la sentó otra vez a su mesa. Desde entonces la joven fué conocida con el nombre de *Dalaga*. Y su madre mandó por su nieto, y lo estrechó entre sus brazos; mas un águila lo arrebató perdiéndose en la cúspide de las montañas. El niño creció así en las montañas y, a los doce años, hizo milagros y fundó la religión de *Bathalà*.

Hay una tercera leyenda, ya moderna, porque es del tiempo de la revolución contra España. Una doncella, hermosa como el sol, morena como su tierra, se había quedado en su casa cuidando a su padre paralítico. Una mañana bajó a la huerta, como ella solía hacerlo todos los días, para arreglar el pequeño jardín y los pequeños frutales. En esto llegó un soldado español que quiso violarla. Ella se resistió. Se trabó entre ambos una lucha cuerpo a cuerpo. Y con el cuchillo con que limpiaba su huerta, la *Dalaga* mató al que quería deshonrarla. En esto llegó un pelotón de soldados españoles llamados *Cazadores*, quienes, al ver la escena de sangre y en medio de ella un compañero muerto, dispararon sus fusiles contra la valerosa *Dalaga*, hiriéndola. Ésta, trabajosamente, quiso llegar arrastrándose

hasta el río inmediato, donde estaba lavando su madre; pero le faltaron fuerzas, y murió en el camino. Antes de morir, sin embargo, escribió con su propia sangre en el extremo inferior de su camisón las siguientes palabras: "*Namamatay akong malinis*" (muero honrada). Cuando el pueblo, enterado del suceso, fué al jardín donde esto ocurrió, encontró la tierra roja, roja de sangre. Desde entonces aquel sitio se conoció con el nombre de *Tierra Roja*. Y las doncellas de la comarca que tienen que emprender un viaje a lugares lejanos o desean simplemente conservarse en su pureza legendaria, acuden ahora a *Tierra Roja*, recogen de ella un puñadito y, diluyéndolo en agua, lo toman a pequeños tragos. Con ello se sienten invencibles en la defensa de su honor.

Estas tres leyendas, desde la antigua hasta la moderna, si bien se refieren a acontecimientos importantes de la vida, revelan directamente el claro concepto que los filipinos tienen de la honestidad, del pudor y de la virginidad de nuestras mujeres.

2. PROVERBIOS Y REFRANES

En nuestro Refranero Popular encontraremos muchos proverbios o refranes que predican y a la vez exponen la misma norma para nuestras mujeres, en esa forma de expresión característica de nuestra antigua literatura, en donde brillan—según frase de Epifanio de los Santos—"la cortesanía, el ingenio parabólico, la dulzura inimitable

de la lengua" . . . Oíd, por ejemplo, lo que sigue. Si se trata de una doncella coqueta, ligera, poco juiciosa, entonces se le aplica este refrán:

Ang dalaga kung magasó
parang asín sa salero.

(La doncella coqueta
es como sal en salero.)

o bien este otro:

Ang dalaga kung magaslaw
parang asíng nahahanay.

(La doncella desenvuelta
es como la sal puesta en la mesa.)

Estos ejemplos son gráficos. En la mesa del filipino más pobre siempre hay, por lo menos, morisqueta y sal: en cada bocado de la primera se mezcla un poquito de la segunda. De ahí que se censure a las mujeres coquetas comparándolas con la sal de la mesa, puesta a la disposición de los comensales.

Corresponde al mismo tenor la enseñanza envuelta en estos refranes o versos proverbiales:

Ang dalagang nagpopormal
sa kanyang kalagayan,
hindî pagpapahumakan
ninomang walang pitagan.

(Cuando la doncella es formalita
en su manera de ser,
el hombre más atrevido
tiene que respetarla.)

Walang matyagáng lalaki
sa tumatakbong babae.

(No hay varón constante
para una mujer que huye.)

Ang mahinhing dalaga
sa kilos nákikilala.

(A la mujer recatada
se la conoce por sus movimientos.)

Desde luego que los padres son los más llamados a poner en práctica estas enseñanzas. Es su deber. Por eso la sabiduría popular les previene siempre con estos toques de atención:

Kapagka bukás ang kabán
magkakasala banál man.

(Cuando el arca está abierta
aún el más justo peca.)

Kahoy na babád sa tubig
sa apóy huwág ilapit,
kapag nadaráng ng̃ init
sápilitáng magdirikít.

(La madera húmeda
no la acerques al fuego,
porque, al calentarse,
arderá sin falta.)

Kung ang tiklíng at labuyò
sakdál nang ilap magtagò,
sa marunong magpaanyô,
nahuhuli rin sa silò

(El *tikling* y el gallo montés
son aves muy esquivas, que siempre se
esconden,
pero quien sabe preparar la trampa
los coge con facilidad.)

Kahoy na babád at basâ
na sa kalán nakahandâ
magalíng na dî kawasà
sa tuyong hindî madamá.

(La leña remojada y húmeda
que está dispuesta en el fogón,
es mucho mejor
que la seca que no se puede tocar.)

Ingatan ang iyóng bahaw,
ang aso ko ay matakaw.

(Guarda bien tu morisqueta
que mi perro es goloso.)

Kapag ligaw si Lumukob
mag-ingat na ang may palyok.

(Cuando Lumukob está suelto
cuídense los que tienen olla.

3. EL "LAGDÀ" DE LOS BISAYOS

Hay en Bisayas un libro popular titulado "Lagdà," que quiere decir *Reglas*. Su Capítulo XIII puede considerarse como el breviario de la honestidad femenina. Oíd estas sentencias dedicadas a la dalaga:

"Procura estar cuidadosa siempre, dondequiera que estés, como si llevaras una cosa de-

licadamente quebradiza, porque el honor es muy fácil de romper. Desde tu niñez, mientras no hayas sido tocada, como el manantial del cual no se ha sacado agua, acostúmbrate a rehuir las ocasiones; muéstrate como la fruta que no está en sazón de ser comida, y ten apego a tu pureza, de modo que no seas fácilmente llevadera aún por un palito flexible.

"No seas condescendiente con ningún varón, sea quien sea, porque es como la enredadera cuya condición es enroscarse o como la boa que siempre va en busca de una presa. No recibas ningún regalo, que es como cebo con que se te atrae para que piques en el anzuelo. No aceptes complacida los requiebros, porque la miel aunque es dulce, si es para pecar, deja un amargor después.

"Evita siempre los lugares de diversión, sobre todo cuando hay libaciones, porque esas son trampas del diablo; como muestres algunas sonrisas, hallarás tu perdición como si hubieses entrado en la trampa; te atraerán a los pasatiempos, y entonces tu honor será como arrebatado por el 'sikup' (gavilán), y entonces caerás en el desprecio de las gentes.

"No salgas nunca sola como el 'limukon' (paloma de monte); vete siempre con tu madre, apoyada en ella como el murciélago enganchado en la rama; pero si fuera preciso separarte de ella, ponte ojo avizor como el "tikarol" * al posar. Evita la compañía de mujeres licenciosas, porque el seguir el mal es tan voraz como

* Pájaro que en castellano se llama comúnmente "martín pescador" y que, cuando se posa, tiene la costumbre de volver de un lado a otro la cabeza en señal de vigilancia.

el *kogon* cuando se le prende fuego. Cuando vayas al pueblo o vuelvas a tu casa con otras mujeres, que serán tan prudentes como tú, debéis esperar las unas a las otras y marchar juntas, porque así no es tan fácil que se os falte al respeto.

"En el pueblo no te metas en los rincones en busca de algo alegre: es preferible que vuelvas durante el día para hacer noche en casa; pero si fuere imposible por su distancia, no hagas lo que el pájaro que se posa en la primera rama que encuentra, sino busca una casa de buena reputación

"Tu voluntad debe ser como la piedra plana, difícil de ser vuelta al revés. Tu vestido no debe ser tan holgado que te haga parecer al 'saguksok' * al tomar el sol; tampoco debe ser tan ceñido y corto, como si te lo hubiesen cercenado; y es mucho más feo el vestirse a la vista de otros, y aún más, el recoger el vestido enseñando las rodillas, aún cuando tuvieras que pasar por agua o por sitio enlodado.

"Escarmiéntate en las mujeres que han perdido la vergüenza, como el pez que ha llegado a oler el 'tobli' †; porque la mujer deshonrada se parece al que siempre lleva por avío un alimento pasado, que huele mal.

"Sé como la sensitiva cuando le rozan. Al bañarte, no hagas lo que el 'umang' ‡ al remover

* Ave que tiene la costumbre de tomar el sol cuando se moja.

† Veneno para coger peces.

‡ Una clase de cangrejo.

su concha, sino que ten vergüenza hasta del sol que te alumbra; cúbrete aún cuando te metas en el agua; y si en el río donde te bañas pasa mucha gente, acurrúcate, y, de cualquier modo, elige la oportunidad de no ser sorprendida por un hombre."

4. EL "URBANA AT FELISA" DE LOS TAGALOS

Por otra parte, el insigne moralista P. Modesto de Castro nos ha dejado en su *Urbana at Felisa*, libro popular entre los tagalos, ciertas reglas que deben adoptarse. Hélas aquí:

"Si sube a la casa un soltero y los padres de la niña tienen el don de la previsión, no deben permitir jamás que la joven use de la bandeja para ofrecer algo al galán. Porque si se tropieza con un galán de costumbres depravadas, de sus manos, sus pies, su boca, de todo echará mano para cometer una falta. Mucho más si los dos se encuentran en la oscuridad.

"Ten en cuenta, oh madre, que la pureza de tu hija es solamente comparable con el límpido espejo que con el más leve hálito se empaña . . . Cuando una soltera entabla conversación, a solas, con un soltero, ¿a quién podríamos compararla sino a la inocente cierva, perseguida por el perro audaz, que no la dejará hasta morderla y matarla? Si me contestáis que la niña es juiciosa, que es honesta, os diré que también es deber de los padres no exponerla a los peligros de su perdición . . . Tampoco debéis permitir que ella vaya a la calle sola, ni la enviéis tampoco sola a alguna parte: acordáos de lo que pasó

a Dina, la hija de Jacob . . . Tampoco debéis permitir que se asome siempre a la ventana, porque la soltera ventanera se parece a un racimo de uvas colgante a la orilla del camino, que ofrece al caminante una perpetua tentación . . ."

5. LO VIEJO Y LO MODERNO

Esto es lo que dicen nuestros moralistas. Todos estarán conmigo en que estas reglas son ahora demasiado severas y que no hay posiblemente un soltero que las apruebe; pero también es verdad que de cien madres del tipo antiguo con hijas solteras no hay una que no las ponga en práctica, con absoluta precisión. Una joven escritora filipina dijo que si las mujeres casadas van a las reuniones o bailes no es para divertirse, sino para actuar de centinelas o *chaperons* . . . Está muy mal visto, en provincias sobre todo, que las jóvenes solteras vayan a ningún lado y especialmente a las fiestas sin una acompañante de edad. Las más bellas conquistas del feminismo se estrellan contra la severidad adusta de esta práctica antiquísima.—"¿Por qué razón—me decía hace muchos años una joven precursora del feminismo filipino—por qué razón la tiranía de una costumbre me va a impedir que viaje sola? ¿qué más da que lo haga? ¿no tienen confianza en nosotras? ¿no tengo yo confianza en mí misma?"—Todo eso es verdad, señorita—podríamos decirla—pero sepan que sus gritos resuenan

todavía, aún para la generalidad de su sexo, como una herejía imperdonable. ¡Si supieran que contra la misma coeducación en las escuelas, donde niños de ambos sexos se confunden, surge todavía, en millares de pechos, una protesta muda! ¡Si supieran que el mismo *tennis*, el *volley ball* y otras lindezas del moderno *sport*, así como ciertos bailes de novísima importación, a que nuestras modernistas son muy aficionadas, tampoco se libran de la pública condenación! Nuestros abuelos decían:

Ang matapát na arugâ
ay ang higpít at alagà.

(El verdadero cariño y cuidado
consiste en la rigidez y vigilancia.)

Es imposible negar, sin embargo, que, en las ciudades sobre todo, estamos *progresando*. En algunas ocasiones no podemos concebir a nuestra mujer-tipo, sino cerrando los ojos a la realidad. Las apariencias empiezan a engañar. Lo antiguo se va borrando con la pátina del tiempo.

No creáis que nuestros abuelos no previeron este desastre. Ellos profetizaron con razón que vendrían excepciones,—excepciones que confirman la regla—y por eso escribieron estas sentencias luminosas y tristes, bellamente escritas, en que el genio de la lengua luce en su mayor esplendor:

May dalahirang banayad
may mahinhing talipandás.

May mahinhíng kalbitin,
may makaráng dî masupil.

Nagmamakipot ay maluwang,
nagmamapino'y magaspáng.

pareados casi intraducibles a ninguna lengua extraña y que quieren decir que hay mujeres malas que aparentan ser honradas, y viceversa, que las hay que parecen fáciles pero inasequibles, en realidad.

6. EVITANDO EL CONTACTO

Ahora deseo hablar del *beso*. ¿Qué creéis que es el beso? Para los occidentales, una mera cortesía, un formulismo social; para los filipinos, o mejor para la honesta filipina, el beso es una ofensa imperdonable al pudor. ¡Qué digo una ofensa! Un autor filipino ha llegado a afirmar, con razón, que la mujer filipina interpreta el beso del hombre hasta como una caída. Inazo Nitobé, el famoso filósofo japonés, ha insistido en este punto para marcar una línea diferencial entre Oriente y Occidente. Para los occidentales, dice, el beso se ha elevado a la categoría de lo moral; para los orientales, todo lo contrario. Antonio Luna escribía en Madrid el año 1890:

—*¡Cuánto cuesta besar a las filipinas!*

Además del beso, hay otro detalle que parece nimio. Me refiero al acto de dar la mano a la joven soltera. Me diréis que no hay en esto la misma severa prohibición: lo comprendo. Pero

nuestra tradicional educación tiene tantas delicadezas, tantas restricciones, que el principio fundamental, la suprema ley, para la doncella filipina, se puede resumir en lo siguiente: evitar todo *contacto* con el varón.

En las aldeas lejanas, donde se conservan puras las antiguas costumbres, podréis,—¿cómo no?—armándoos de la triple coraza del atrevimiento, subir a una casa, y dar la mano a la joven de vuestros ensueños, pero os aseguro que ella, ruborizada, confundida, os entregará, no la mano, sino las puntas de tres deditos—¡tres solamente!—bañados de sudor, fríos, helados, como las nieves de Siberia . . . Después podréis sentaros a distancia. La madre, el padre, toda la gente de casa, en fin, vigilarán vuestros menores movimientos. No podréis apenas hablar. Ella tampoco; en todo caso, os contestará con monosílabos. Las horas pasarán pudiéndose percibir el ligero aleteo de un mosquito. A la hora reglamentaria, tendréis que bajar.

Aún en la época de Rizal, en plena gloria de la asimilación occidental española, recordad que el poeta Isagani, en el *Filibusterismo*, sólo esperaba anhelante las misas de la madrugada para esconderse en el portal de la iglesia y ofrecer el agua bendita a su novia Paulita. ¡Momento sublime, único, en que los dedos de los dos novios se contactaban ligeramente, misteriosamente, instantáneamente . . . como en un pequeño y silencioso poema de amor!

293948——4

7. DEFENSA DEL PUDOR

Según la interpretación aceptada, el *baksá* o *alampay* se usa por la mujer filipina para cubrir honestamente los senos y las espaldas, lo cual contesta ya a la acusación de Retana. Una dama inteligente me dijo que el *tapis*, por otro lado, se ha ideado para cubrir otras partes del cuerpo desde la cintura hasta las rodillas.

Es ridículo para la mujer filipina—advierte el P. de Castro—usar un traje transparente sin nada que cubra el pecho. Y aún cuando el pecho esté cubierto, si la tela deja entrever los contornos del cuerpo, tambien está mal visto. La camisa escotada—añade el ilustre Padre—o tan corta que deja ver una parte de la cintura, parece hecha para exhibir el cuerpo de la mujer a los ojos de los hombres: debe prohibirse. Imiten nuestras doncellas—continúa el moralista—la costumbre de un pez conocido por pejemuller. Dicen que este pez posee dos mamas y dos aletas, y cuando los pescadores llegan a cogerle, inmediatamente las dos aletas se cierran cubriendo tímidamente los dos senos del cuerpo, como si muriera de vergüenza.

Hay que cubrir, además, los pies con la saya, aún cuando la doncella esté caminando por las calles, dice la antigua regla, de modo que la saya debe ser suficientemente larga para dicho objeto. En la iglesia, cuando las mujeres se arrodillan ante el Señor, lo primero que deben hacer, y lo

ENAMORAMIENTO (DIBUJO DE I. L. MIRANDA)

(Véase pág. 49)

primero que realmente hacen, es taparse los pies salientes con la cola de la falda. ¡Cuánta diferencia! Hoy, nuestras *dalagas* van no solamente con vestido corto, sino hasta sin medias.

El pudor femenino en el amor es otro punto cardinal. La doncella de antaño no podía mirar de frente a su pretendiente, ni siquiera hablar con él. Ella procuraba evitar su encuentro, fuese en la calle, fuese en la casa, fuese en la iglesia. El poeta José Palma, autor de la letra de nuestro Himno Nacional, nos cuenta en sus Memorias (hasta ahora inéditas) que había pasado sacrificios y sinsabores para poder entregar sus primeras cartas a la mujer que adoraba. Ella se negaba a recibirlas, rotundamente. Como ambos entraban en clase y eran aficionados a la literatura, Pepe Palma encontró finalmente el medio de pedir prestado algún libro a su amada para devolverlo después de algunos días con la misiva oculta entre sus páginas. Fué la única manera de declarar su amor. Y por el mismo medio ingenioso, fué correspondido.

Isabelo de los Reyes nos dice que la *dalaga* filipina presenta diez excusas al galán que la requiere de amor. Desde la excusa de que *no soy digna de usted, busque usted otra*, o bien, *quiero ofrecer mi virginidad al Señor, no sé todavía lo que es amor*, etc., etc., hasta el silencio absoluto, que es también otra excusa, hay una verdadera gradación.

8. LA SENSACIÓN DE AMAR

Para los jóvenes filipinos, y mucho más para las jóvenes filipinas, el amor es una cosa misteriosa, indefinible, inexplicable, espiritual, pues no existe, sobre todo para los que aman por primera vez, ni el amor materialista, ni menos el sensual. El amor tiene que ser casto y puro: de otro modo no es amor. Se sueña con él, se suspira por él, se le busca, se le aprecia, pero a la vez se le teme. He aquí algunos pasajes conocidos que demuestran la primera sensación de amor en Filipinas. Cuando Florante, en el poema de Baltasar, vió por primera vez a su amada Laura, oíd cómo lo describe:

Siyáng pamimiták at kusang nagsabog
ng̃ ningning ang talang kaagaw ni Venus,
anaki ay bagong umahon sa bubog,
buhók ay naglugay sa perlas na batok.

Tuwang pang̃alawá kung hindî man lang̃it
ang itinatapon ng̃ mahinhing titig,
ó ang luwalhating buko ng̃ ninibig,
pain ni Kupidong waláng makárakip.

Liwanag ng̃ mukha'y walang pinag-ibhan
kay Febo kung anyóng bagong sumisilang,
katawáng butihin ay timbáng na timbáng
at mistulang ayon sa hinhin at asal.

Sa kaligayaha'y ang nákakaayos,
bulaklak na bagong winahì nang hamóg,
anopa't sino mang palaring manood,
patáy ó himalâ kung hindî umirog.

(Fué cuando apareció esparciendo
brillo y claridad el lucero, émulo de Venus,
como si acabase de surgir de la nieve,
con la cabellera color perla, derramándose por sus
espaldas.

Dicha sin par, si no Paraíso,
lanzaba su cándida mirada,
o bien felicidad,—brote del amor,
cebo de Cupido sutil e intangible.

La llama de su rostro no se diferenciaba
de la de Febo al amanacer;
cuerpo perfecto, bien ritmado,
muy en armonía con la modestia de su porte.

En alegría se asemejaba
a la flor recién abierta por el rocío;
y, quienquiera que la viese,
cadáver fuera o milagro si no la amase.)

En la obra del P. de Castro ya citada, Felisa describe en estas hermosas y delicadísimas palabras su primera entrevista con el amado. "Cuando le ví en la puerta de nuestra casa, me quedé atónita y sin sentido. Era un joven apuesto, bien equilibrado de cuerpo, fino en sus maneras, modesto en su porte; y aunque no era talmente muy bello, todo él respiraba bondad, y sus ojos hermosos y mansos ni siquiera se atrevieron a mirarme directamente. Estuvo callado, pero sus ojos querían decir *algo; y yo, que estaba delante,* sentí que me temblaba el corazón, este corazón cuyos latidos en aquel momento temía yo que él los pudiese percibir. Estaba muerta de

vergüenza. No sabía qué hacer. De pronto se me ocurrió, no sé por qué, retirarme al dormitorio, sin decir nada. En el dormitorio mis nervios se calmaron un tanto, pero, en cambio, sentía en el fondo de mi corazón algo que no podía expresar. Quería salir del dormitorio, volver a verle y ser vista, y pedirle perdón por mi torpeza; pero oí una voz interior que me decía: 'Eso que has hecho es resultado de un amor errado, mal aconsejado.' Procuré levantarme, pero, al hacerlo, me flaquearon las piernas y me ví forzada a sentar. Recordé aquel canto de David: 'Cuando sufrí, acudí a mi Señor, y mi Señor oyó mis súplicas.' Entonces tuve fuerzas bastantes y me levanté, y oré a Dios Nuestro Señor, el Dios clavado en la Cruz."

¿Y qué es lo que pasó a María Clara, en la novela de Rizal, cuando volvió a ver a su bienamado después de larga ausencia? "Dejó caer la labor que tenía entre las manos, quiso moverse pero no pudo: un estremecimiento nervioso recorría su cuerpo. Se oyeron pasos en las escaleras, y después, una voz fresca, varonil. Como si esta voz hubiese tenido un poder mágico, la joven se sustrajo a su emoción y echóse a correr, escondiéndose en el oratorio donde estaban los santos. Ibarrá oyó aún el ruido de una puerta que se cerraba.

"Pálida, respirando aceleradamente, la joven se comprimió el palpitante seno y quiso escuchar.

Oyó la voz, aquella voz tan querida que hacía tiempo sólo oía en sueños; él preguntaba por ella. Loca de alegría besó al santo que encontró más cerca, a S. Antonio Abad, ¡santo feliz en vida y en madera, siempre con hermosas tentaciones! Después buscó un agujero, el de la cerradura, para verle y examinarle: ella sonreía y, cuando su tía la sacó de su contemplación, sin saber lo que se hacía, se colgó del cuello de la anciana y la llenó de repetidos besos."

9. EL AMOR CARICATURIZADO

En nuestro Cancionero Popular se ha llegado a caricaturizar este excesivo pudor de las mujeres filipinas, de una manera a veces fina, a veces irónica. Oíd este cantar:

Tao pô, tao pô, may bahay na bató,
buksan ang bintana't tayo'y magpandanggo;
ang sadyâ pô namin hitso't sigarilyo:
hindî pala hitso't ang dalaga ninyo.

Ang dalaga ninyo'y ayaw paligawan,
pumasok sa silíd nagsakit-sakitan.
Tinanóng ng̃ iná kung anóng dahilán,
—Sumasakít daw pô, ang kaniyáng tiyán.

Nagpatawag siyá ng̃ dalawáng médiko;
pinagtigisanan ang dalawáng pulsó;
wikà ng̃ médiko:—Hindî sakít itó:
sintá ng̃ binatang umakyat sa ulo.

(Señor, señor, de la casa de piedra,
abrid la ventana y vayamos a bailar.
Venimos aquí por buyo y cigarrillos:
nos equivocamos. Venimos por la soltera de la casa.

Pero a vuestra soltera no queréis que la enamoren.
Ella entró en el dormitorio fingiendo estar enferma.
La madre la preguntó qué tenía.
Ella dijo que tenía dolor de estómago.

Se mandó llamar a dos médicos,
y cada uno de ellos la tomó el pulso.
Los médicos dijeron:—No tiene nada;
es el amor del galán que se le subió a la cabeza.)

El amor de los solteros queda caricaturizado en este cantar:

I

Kung aking pagmasdán ang mg̃a binatà
pag-lubóg ng̃ araw'y dî na maapulà,
magsísipagbihis tuloy sa paggalà,
sa bahay ni Bembay na kasi at mutyâ,

II

Kung makapanhík na'y magbibigáy-galang
sa mg̃a nároon, una sa may-bahay,
uupô sa bangkò ng̃ pormal na pormal
kung magsalitâ pa'y hindi makatunghay.

III

Saká magsasabi noóng ninánasà,
bagabag, hinagpís, hirap at dalità;
kung magsalitâ pa'y mahinang-mahinà,
halos tumutulò sa matá ang luhà.

IV

Kung ipangakò na ang lupà at langit
may lahók pang sumpâ ang kanyang paghibík;
nguni't pag nátingnan ng tinging maytitíg
ipamamalitang siya'y iyóng ibig.

V

Gágawín pang lansí sa iyo'y paraán:
híhiram ng panyô titingnan daw lamang,
nguni't pag-nákuha'y dî na ibibigáy
tandâ na raw yaón ng pag-iibigan.

I

(Tal como observo a nuestros solteros,
tan pronto se pone el sol ya están inquietos:
se visten pronto y bajan a la calle
derechitos a la casa de Bembay, la perla sin par.

II

Al entrar en la casa saludan
a los presentes, especialmente al dueño.
Se sientan en la silla tan formalitos
que cuando hablan no se atreven a levantar la cara.

III

Luego manifiestan sus deseos,
sacrificios, sinsabores, penas sin cuento.
Y lo hacen tan despacio, tan despacio,
que casi se les caen las lágrimas de los ojos.

IV

Prometen cielo y tierra
y juran eterno amor.
Pero cuando la soltera les mira con mirada atenta,
ya proclaman en seguida que están aceptados.

V

Todavía conciben esta engañifa:
piden prestado el pañuelo *para verlo nada más.*
Y una vez que lo obtienen ya no lo devuelven,
alegando que es prenda de amor de la novia.)

En Bisayas, a las solteras impacientes por casarse se les dedica esta canción:

Ayaw ñgani kahihilig,
ayaw karirikandikan,
kay di man bagyo ang tuig,
di man kikilat ang bulan.

(Parece que ya no se te puede detener
ni quieres ya admitir consejo;
aunque no tengas baguio por un año,
tampoco te brillará la luna.)

Los tagalos, a su vez, cantan lo siguiente:

Isip yatà ni Kayurò,
ang mag-asawa ay birò,
parang kaning isusubò
at iluluwâ kung mapasò.

(Kayuro parece creer
que el casarse es una broma:
cual morisqueta que se come
para arrojarla si quema.)

Huwág mong sabihing
pag ñgiti nang palad
kahit batà ka pa'y
pakakasal agad,
at bakà mátulad
sa bukong bulaklak
na noong malanta'y
dî pa bumubukad.

(No digas jamás
que, cuando sonría la suerte,
aunque eres niña aún
ya podrás casarte.
No vaya que te asemejes
a una flor en capullo
que se marchitó
antes de abrir la corola.)

Recuerdo que un autor chino decía que en China no existe esa "institución" tan peculiar en Europa, que se llama *la solterona*. ¿Por qué? No lo sé. Pero sabemos que en Filipinas nada hay más ridículo que una solterona vieja que todavía se pone polvos y pinturas en la cara para parecer joven. Entonces le aplicamos estos versos intraducibles a otra lengua:

Nagmamatandang koles,
nagmumurang kamates.

10. PECADORES Y PECADORAS

Los filipinos suelen dar a sus leyendas todo el terror y la emoción patética que reflejan sus creencias y sus principios éticos. He aquí la historia del lago de Paway, en Ilocos Norte, a muy corta distancia de la carretera general, tal como la cuentan en aquella región. Donde ahora se extiende un lago pequeño y tranquilo, floreció un tiempo un pueblo rico, pero soberbio, amigo del lujo y de la depravación, sin el temor de Dios. Los hombres eran lúbricos y holgazanes; las mujeres, licenciosas y perversas. Dios, muy misericordioso, envió a Hila para anunciarles, al igual

que Noé, que, si no cambiaban de costumbres, vendría un diluvio que arrasaría todo el pueblo. Los habitantes, sin embargo, desoyendo el aviso, siguieron su vida de liviandades. Efectivamente, a los pocos días hubo fuego, temblores y, finalmente, un diluvio que convirtió la ciudad en el profundo y misterioso lago que ahora vemos.

A la entrada de la bahía de Manila existen las dos islitas llamadas de la Monja y del Fraile. ¿Cuál es su historia? Oíd lo que sigue. Había en España dos novios que se querían mucho y querían casarse; pero los padres de ambos se oponían al matrimonio. La novia, desengañada, entró en un convento de monjas; y el novio, también desengañado, se aisló en un monasterio de frailes. Los dos fueron enviados a Filipinas, y en Filipinas estaban ya sin que la una se enterase de la presencia del otro, hasta que llegó un día en que se vieron y se conocieron otra vez por medio de la confesión. Naturalmente, reanudaron sus amores sigilosamente pero locamente. Una noche quisieron fugarse y en una banca atravesaron la bahía desde Kabite hasta Corregidor. Allí les cogió un baguio muriendo ahogados. Para perpetuar su maldad, el Todopoderoso levantó, en el mismo sitio en que perecieron, *dos islitas que desde entonces se llamaron del Fraile* y de la *Monja*.

Allá en la bahía de la bella ciudad ilonga hay también siete islitas llamadas de los *Siete Peca-*

dos. Todavía subsisten y el viajero, al divisarlas, las contempla con interés. Pues bien, la tradición que las da vida es más interesante aún. Cuentan que un tiempo, una buena mujer tenía siete hijas solteras igualmente bellas.

—*Sed, hijas mías—las decía siempre la madre*—buenas, virtuosas, honestas: no quiero trajes llamativos, alhajas que brillan, costumbres depravadas: quiero solamente virtud.

Y la buena madre dormía mecida por halagadoras esperanzas. Una madrugada se despertó y vió que sus hijas no estaban en casa.

—*Han ido a misa—la dijeron.*

Entonces se tranquilizó y se puso muy contenta. Mas, cuando las niñas volvieron de misa, —¡oh escándalo!—todas ellas estaban pintadas, vestían trajes escandalosos, olían a perfumadas esencias, en una palabra, se habían vuelto completamente mundanas.

—Huid de mi presencia—dijo la madre—no quiero veros. Os maldigo.

En efecto, las niñas fueron embarcadas en una barquilla que fué abandonada en medio del mar. Sopló un viento fuerte: la barquilla naufragó; las niñas perecieron ahogadas, y allá, en aquel mismo sitio del desastre, se formaron después, por obra del Destino, las siete islitas que se llamaron de los *Siete Pecados Capitales*, monumento perenne a la maldad, la vanidad y la soberbia.

Recordad aquella hermosa canción, también bisaya, con música del balitaw:

Kanogon pa dawlà san imo katindog
maopay si bayhon, maraot an bantog;
igpapanaglit ko bayabas nğa hinog,
maopay ang pánit, oloron an onód.

(Lástima de tu buena presencia;
la faz hermosa, pero la fama mala;
voy a compararla a la guayaba madura,
hermosa la corteza, mas con gusanos dentro.)

11. ¡EL HONOR ANTES QUE TODO!

La mujer filipina difícilmente cae, pero cuando cae, cae con honor. Quiero decir que el hombre que causó su desgracia, bueno o malo, pobre o rico, ilustrado o ignorante, será reclamado para esposo, por encima de todo. Tenemos estos proverbios:

Kung saan madapa y
doon babanğon.

(Donde caíste,
allí debes levantarte.)

Ang ulam na tinanğay nğ aso'y
nalawayan na.

(Carne que se lleva el perro,
ya está ensalivada.)

Dicen nuestros criminólogos que la perversidad de algunos de nuestros hombres se aprovecha oportunamente de estos principios heredados para abusar, aún por la fuerza, de mujeres solteras,

hermosas o ricas y de superior categoría, en la esperanza de que, conseguido el objeto, el casamiento sobrevendrá necesariamente. ¡También la virtud tiene sus defectos!

El Dr. Sixto de los Angeles nos relata la historia de una soltera de la mejor familia del municipio de M . . . . . Uno de la casa, sirviente por más señas, se prendó de ella locamente. A primera vista, la unión parecía imposible. ¡Un criado casarse con su ama! El dependiente, sin embargo, ideó este medio: una noche robó la manta que solía usar la niña, y se envolvió con ella hasta la mañana siguiente. Cuando los de casa se despertaron y vieron al criado con la manta, la sospecha fué terrible. Entonces la niña, la inocente niña, por evitar el escándalo y la murmuración, hubo de arreglar el conflicto casándose con el criado.

En los casos en que el casamiento se efectúa por la sola intervención de los padres, no es difícil encontrar novios que no llegan a conocerse sino a la hora de la boda. Entonces, aún después de casados, pasan muchos días y aún meses, hasta que la esposa quiera acercarse al esposo y viceversa. Uno de Ilocos nos refiere la curiosa anécdota de una joven que, aún después de casada, no quería unirse con su esposo. Éste hizo todo lo que pudo para conseguir la unión, sin éxito alguno. Pero un día se le ocurrió una idea feliz. La noche era negra, sombría; ató al *kalawag* de la casa (una especie de aparador

donde se guardan los platos) una fuerte cuerda, y cerró herméticamente puertas y ventanas. A la media noche, empezó a tirar de la cuerda, y pronto los platos rechinaron fuertemente. Cuando la mujer oyó el ruido, tuvo miedo. Se la erizaron los cabellos. Se puso a temblar. Ella pensó que algún fantasma estaría causando aquel alboroto. Buscó a su padre, pero éste no se encontraba en la casa. Llamó a su madre, mas en vano. Entonces no tuvo más remedio que abrazar a su marido, pidiéndole protección. Desde aquel momento la pareja vivió amorosa y feliz.

Capítulo III

CORTESANÍA

Makikilala mo ang taong may baít
sa kilos ng̃ kamay at sabi ng̃ bibíg

(Del *Refranero tagalo*)

DESDE LUEGO que nuestros abuelos no nos han podido legar esa cortesanía hipócrita, superficial, que se renueva como la moda, producto último de la última civilización. Pero si por cortesanía entendemos no solamente el código de las formas sociales, sino también el conjunto múltiple de frases, deseos y acciones que responden al sentimiento general de benevolencia humana, entonces diré que los filipinos tenemos nuestra propia cortesanía y que esta cualidad es ingénita en nuestra raza. La cortesanía es—dice el conocido pareado inglés—

. . . to do and say
the kindest things in the kindest way

1. LO QUE DICEN LOS AUTORES

Tenemos mucho del *kindest way*. El testimonio de extranjeros que hablaron de nuestro país nos dice de nuestra aversión a la *rudeza de maneras*, de nuestra afición a la etiqueta y a los circunloquios, de nuestras palabras sin gritos, de nuestro sentido de respetabilidad característico, de nuestra obsequiosidad y hospitalidad, en una

palabra, de nuestro deseo de agradar. Y ¿qué es todo esto sino la base primordial de la cortesanía? Sembrad en vuestro corazón la idea del amor, como guía de vuestra conducta, y seréis benévolos, justos, es decir, corteses. Porque la cortesanía que no es meramente etiquetera, sino profundamente humana, es la misma benevolencia, ya que la ciencia de la urbanidad, según el P. de Castro, no es más que una derivación directa del amor al prójimo.

Pigafetta hablaba ya, en 1521, de la cortesanía y bondad de los filipinos. Frederick Sawyer decía que el filipino está adiestrado desde su niñez en las buenas maneras, no solamente por medio de preceptos, sino también por medio de ejemplos. "En tratos de cortesanías, afirmaba el P. Chirino, son muy extremados y usan mucho, al escribirse, grandísimas y delicadísimas finezas y primores. Es mala crianza para ellos decir nada hasta ser preguntado. Mas la mayor crianza está en el decir, porque nunca hablan de tú, ni en segunda persona de singular, sino siempre en tercera:—*El señor, el principal*, querrá esto, o aquello." El P. Colin ponderaba nuestro comedimiento y cortesía como de "naciones muy políticas."

2. ALGUNOS CASOS TIPICOS

Todo esto es una verdad patentizada hasta hoy en la vida diaria y especialmente en la vida

del hogar. En el acto simple de subir la escalera de una casa, o de pasearse con otros en la calle, de conversar, y aún de comer, todo filipino podrá comprobar si se guardan o no las reglas de su antigua cortesía. En general, nosotros odiamos lo brusco, como ofensivo a nuestra dignidad, y cuanto más delicadas o suaves sean las maneras, parece que más se aproximan a nuestro ideal. Dice nuestro Libro de los Proverbios:

Ang marahang pangungusap
sa puso'y nakalulunas.

(El hablar despacio
conforta al corazón.)

Ang salitang matatamis
sa puso'y nakaaakit,
nagpapalubag ng galit.

(Las palabras dulces
atraen al corazón
y apaciguan la ira.)

Ha producido cierta extrañeza en cuantos extranjeros lo han observado en nuestro país, nuestra costumbre de no interrumpir el sueño a otro. Ya puede ser necesaria su presencia, ya puede tratarse, inclusive, de un sirviente o de un subordinado; nuestros principios nos prohiben despertarle. En último caso,—dicen los autores—le llamaremos muy bajito, *con mucha precaución y pausadamente*, como advierte Jagor; le tocaremos con un dedo muy suavemente; emplearemos, en

fin, para despertarle todo género de bondades de modo que no le provoquemos el menor disgusto, si llega a despertarse. Muchos amigos me han citado casos, pasados y recientes, de filipinos que han llegado a ofenderse y reñir, por la infracción de esta inveterada costumbre. Quizás de esto provino aquel decir:

Sumalubong ka na sa lasíng
huwag lamang sa bagong gising.

(Preferible es encontrarse con un borracho
que no con un recién despierto.)

El estar cubierto con sombrero en casa o en presencia de otra persona de respetabilidad, es otra señal de mala crianza. Nadie puede atravesar un corrillo de dos o más personas, a menos que tienda la mano derecha hacia delante y salude encorvando el cuerpo diciendo: *¡Tabì pô*, o *makikiraan pô!* (¡Con vuestro permiso, señores!) No se puede terciar en una conversación sin la consabida fórmula de *¡Tabing galang pô!* (Perdonad, señores, mi osadía). Esta fórmula suele usarse siempre y es el *ábrete-sésamo* para todos los casos, según la tradicional costumbre.

3. LO QUE DICE NUESTRO MORALISTA

"Delante de nuestros padres y aún de cualquier anciano, dice el moralista P. de Castro, no se debe tener el cigarrillo puesto en la boca ni hablar fuerte ni de cualquier otro modo perderles

(DIBUJO DE I. L. MIRANDA)

CORTESANÍA

(Véase pág. 70)

el respeto. No se debe poner el dedo en la nariz ni hacer sonar las narices delante de gente. El que quiera hacerlo debe sacar un pañuelo y hacerlo muy despacio y, si es posible, alejado de sus compañeros. También es costumbre de algunos el rascarse con la mano alguna parte del cuerpo mientras está delante de otras personas. Este es un acto que da vergüenza. Antes de ir a la escuela, el joven debe pedir la bendición de su padre y de su madre, y cuando ya esté en la calle, debe caminar derecho, sin inmiscuirse en las conversaciones o querellas de otras personas. Debe ser formalito. No debe criticar al prójimo o a su compañero en clase, ni faltar al indispensable respeto a los ancianos. Y cuando éntre en la escuela una autoridad, un sacerdote, una persona de edad o de respetabilidad, debe levantarse de su asiento y saludar al visitante con *buenos días* o *buenas tardes*, según sea el caso. En clase no debe decir nada, a menos que le pregunte el maestro, y, antes de contestar, debe levantarse. Lo mismo cuando esté delante de una persona de edad. Cuando esté hablando o conversando, debe procurar tener el cuerpo erecto, y lo que tenga que decir, debe decirlo sin exageración y con modestia. Cuando hable con alguna persona, antes de decir una cosa, debe pensar en aquel sabio consejo de San Agustín: 'Antes de que la lengua diga una palabra, hay que limarla dos veces.'

"No hay que señalar con el dedo a una persona ni se le debe dar las espaldas, y cuando se habla con muchas personas, no se debe dirigir solamente a una desatendiendo al resto; pero si entre ellas hubiese una persona de edad o respetabilidad, se debe dirigir a ella con preferencia, sin que por ello se tenga que desatender a las demás."

Hasta aquí el P. de Castro.

En los primeros días de la llegada de los americanos, sus maneras bruscas causaron muy mala impresión, sobre todo en nuestras provincias. Cuando entonces se preguntaba a los filipinos a qué clase de humanidad pertenecían los americanos, contestaban:—"Son unos hombres muy altos y de maneras bruscas, que tienen la particularidad de subirse a las casas con el sombrero puesto y sentarse en las sillas con los pies sobre la mesa y sin quitarse los zapatos."

4. BUENAS MANERAS

Se dice que somos hombres de circunloquios, y esto es, en parte, verdad, sobre todo antiguamente; pero esa costumbre es sólo parte integrante de una virtud mayor. El filipino se valdrá de todas las formas agradables antes de decir o pedir lo que desea. Él sabe que con ello pierde tiempo y quizás dinero; pero su principal mira es conseguir su objeto *sin ofender*. El filipino daría con gusto lo que tiene, siempre que se lo pidan

con buenas maneras. Bien saben todos que de esta debilidad nativa se aprovechan mucho tanto propios como extraños.

Dentro de la frase *buenas maneras* está todo: la limpieza y decencia en el vestir y en la casa, la suavidad de modales y gestos, la propiedad y respetuosidad en la palabra, el comportamiento digno y modesto, el silencio cuando es necesario, las diversas formas, en fin, de la bondad, como la veracidad, la urbanidad, la hospitalidad, la tolerancia. Un viejo profesor resumió sus enseñanzas sobre urbanidad en un folleto publicado en 1899, en que establecía reglas sobre el aseo—aseo en la persona, aseo en los vestidos, aseo en las habitaciones, aseo para los demás; sobre urbanidad en la vida de familia—desde que uno se levanta de la cama, cuando recibe sus visitas, cuando se sienta a la mesa de comer, hasta la hora de dormir; y sobre comportamiento en la vida social, en el colegio, en el taller, en el templo, en el teatro. Respecto a visitas, el profesor las dividía en visitas de negocio, de ceremonia, de amistad, de duelo, de felicitación, de despedida, cada una de las cuales tiene sus particularidades. ¿Por qué todo este rigorismo?—preguntaréis. He aquí cómo os contesta la filosofía popular:

Nákikilala sa labì
ang palangangá't ang hindî.

(Por los labios se conoce
quién masca buyo y quién no.)

CINCO REGLAS DE MORAL ANTIGUA

Ang hindî makiugalì
walang hitsurang uuwî.

(El que no sabe adaptarse a las circunstancias
se pone ridículo ante la gente.)

Wikà at batóng ihagis
hindî na muling bábalík.

(Palabra y piedra que se sueltan,
no vuelven más.)

Mahañga'y iwang mahapdî
kay sa masamang batì.

(Más vale herida que escuece
que saludo que ofende.)

Ang masamang wikà,
pag tamà sa tao'y
nagsisilbeng pasâ

(La palabra injuriosa
produce en el cuerpo del ofendido
el efecto de un cardenal.)

Kung anó ang bukáng-bibìg
siyáng lamán ng̃ dibdib.

(Lo que dice la boca
es lo que debe sentir el corazón.)

CORTESANÍA

Ang puri'y sa nagbibigay
at hindî sa pinagbibigyan.

(El honor es del que da u ofrece,
no del que recibe.)

Ang tao'y di man mahal
bigyang puri't ng̃ kalugdán.

(No importa que una persona sea pobre
hay que darle el honor que se merece.)

Ang magandang asal,
ay kabán ng̃ yaman.

(Las buenas costumbres
son una arca de riqueza.)

Di ko ginasorók-an,
an salapi, an buláwan;
say ko ginkikinakánglan
maúpay ñga ginawían.

(No es para mí necesario
ni la plata ni el oro;
lo que yo ansío
es una ejemplar costumbre.)

Madalí ang maging tao,
mahirap ang magpakatao.

(Es fácil nacer hombre,
lo difícil es portarse como hombre.)

Di ka agsasaot nakas-ag
ta-bagim met lat damkaam.

(No uses palabras malas
porque te degradas a tí mismo.)

Babati-batì
butás ang labì

(No pongas tachas al prójimo,
si tienes el labio partido.)

Mákikilala mo ang taong may baít,
sa kilos ng̃ kamay at sabi ng̃ bibig.

(Al hombre de buenas costumbres se le conoce
por el movimiento de las manos y el decir
de la boca.)

Dî man magsabi't mag badyá
sa lagay nákikilala.

(Aunque tenga la boca cerrada,
al hombre se le conoce por sus maneras.)

Kung kalabaw ay sa lubid,
kung tao ay sa bibíg.

(Al karabaw se le coge por su cuerda,
y al hombre por su palabra.)

5. REGLAS SEVERAS

He aquí, en estos proverbios, refranes o parábolas, sintetizada nuestra filosofía de la cortesanía, de la benevolencia. Despreciamos la men-

tira, odiamos la brusquedad, detestamos las malas maneras, y del mismo modo que las *delicadísimas finezas y primores*, de que nos habla el P. Chirino, nos encantan profundamente, todo ese encanto cae en tierra si descubrimos en medio de tanta apariencia un fondo de malignidad.

Hindî sukat maniwalà
ta mangā sabi at wikà:
patag na patag ang lupà
sa ilalim ay may lunggâ.

(No debe uno creer
cualquier decir de la gente:
la tierra es muy plana
pero llena de cuevas por dentro.)

Mayaman ka ma't marikít,
mabuti sa pananamit,
kung walang sariling baít
walang halagáng gahanip.

(Aunque eres rico y hermoso
y todavía bien vestido,
si no tienes juicio propio
en rigor nada vales.)

Condenamos la charlatanería, la *hambuguería* y la chismografía cuando decimos al charlatán, al *hambug* y al chismoso:

Nag iipo-ipo ang bibig,
sa loob ay walang tubig.

(Mueve mucho la lengua,
pero no dice nada de provecho.)

CINCO REGLAS DE MORAL ANTIGUA

Masarap na sumabi,
masamang pakinggan.

(Habla bien,
pero se le escucha mal.)

Ang magpunlâ ng̃ hang̃in
bagyó ang aanihin.

(Quien siembra vientos
recoge tempestades.)

Pag ang ilog ay magalaw,
tarukin mo at mababaw.

(Cuando el río se mueve mucho
indica que no es profundo.)

Pag nauna ang kulog
ay bagkus walang ulan.

(Cuando empieza a tronar
es porque no va a llover.)

Tenemos, pues, nuestras propias reglas cuya observancia es de rigor. Al que no sabe practicarlas, sea grande o pequeño, rico o pobre, poderoso o humilde, le decimos con soberano menosprecio:

Mataas na walang tinaasan,
malaking walang nilakhan,
matandang walang tinandaan.

(Tú eres alto pero nada vale tu altura,
tú eres grande y no te vale tu grandeza,
tú eres viejo y nada has aprendido con tu vejez.)

o bien le aplicamos la sentencia:

Maginoo man kung turan
at walang magandang asal,
kaparang tae ng̃ bakal;
maginoo sa *Don* lamang.

(Aunque te llamen señor
si no practicas las buenas costumbres,
te pareces a la escoria:
sólo eres *Don* de nombre.)

6. EN EL PASEO

"Si tu compañero en el paseo,—dice otra vez el moralista P. de Castro—es un señor o persona de rango, no deberás ir delante o siquiera a la par de él, sino un poco atrás, pero tampoco debes dejar de caminar, si aquél no se te adelanta. Cuando queréis volver al sitio de donde habéis procedido, no debes adelantarte, y cuando se tiene que doblar una esquina, te cuidarás de no darle las espaldas. Si llega el momento de despedirse, te cuidarás de no pasar delante de tu compañero aunque fuese de tu misma edad. Deberás ponerle siempre a tu derecha excepto cuando estéis caminando al lado de un cerco, o por la acera o sitio cubierto de baldosas que suelen ponerse al lado de las casas, porque entonces el paso más cómodo debe ofrecerse a la persona de categoría, así fuese a tu izquierda.

"El estar volviendo la cabeza de un lado a otro continuamente, el asustarse o extrañarse por cualquier cosa, como si sólo se la hubiese visto por primera vez, el ponerse a hablar con un viejo sin respeto ni consideración como si se tratase de un niño, o el hablar con petulancia, como haciendo alarde de ser el único que lo sabe todo, constituyen una falta grave.

"Cuando un joven se encuentra con un sacerdote, maestro o persona de rango, deberá saludarles, y en el caso de que aquéllos se detengan para ponerse a hablar con él, deberá quitarse el sombrero de la cabeza a menos que aquéllos le dispensen de hacerlo, y aunque así lo hicieran, no deberá cubrirse inmediatamente, sino esperar que se lo digan dos o tres veces.

"También es un gran defecto, el que hallándose uno en la calle esté continuamente mirando su calzado o sus chinelas; o vaya a quitarles el polvo cuando no es necesario; o a sacarlos de los pies y llevarlos en la mano o debajo de los sobacos. También es un defecto caminar haciendo mucho ruido con los pies o levantar el polvo de la calle, porque así se demuestra la poca costumbre de usar zapatos o chinelas.

"El hombre o la mujer que, cuando camina en la iglesia, no pone cuidado, o que camina de prisa, o que mete mucho ruido, estorba a la persona que reza, le irrita, y no está lejos de que todavía pueda pisar a los que se hallan de rodi-

llas: todo esto está mal visto para los que entran en la casa de Dios."

7. SANTIDAD DEL HOGAR

Cuando se sube a una casa el mismo P. de Castro nos da estas reglas:

> "Si la puerta está abierta, tócala despacio, no con fuerza. Si vas acompañando a un viejo débil, ayúdale a subir. Recuerda que tú vas a ser viejo igualmente. Si vas acompañando a una dama colócala a tu derecha, o en lugar que corresponda a su posición. Cuando subas la escalera suaviza tus pisadas, y si te cruzas con un viejo o un señor, detente para cederle el paso a tu derecha; de todos modos, ofrécele el lugar preferente. Cuando estés arriba, no sigas adelante, si no que manda aviso por medio de criado, o, en ausencia de éste, toca suavemente la puerta para que adviertan tu presencia. Si ves la puerta abierta, bien de la sala, de la habitación, o de otro compartimiento de la casa, no mires lo que haya dentro, que ello está fuera de lugar. Después de saludar al dueño de la casa, y éste te ofrece asiento, vete derecho y formal a la silla; no hagas muchos movimientos, ni mires de un lado a otro, ni pongas una pierna sobre la otra. No pongas el sombrero o bastón sobre la mesa o canapé, ni menos sobre la cama, sino en sitio apropiado. Si ves que el dueño de la casa tiene algo que hacer, o está para salir o para comer, no le interrumpas, despídete a tiempo."

293948——6

Hasta aquí el P. de Castro. En las esferas más bajas de nuestra sociedad, en nuestras sementeras, en una palabra, antes de subir a una casa, el visitante dice *Tao pô* (Aquí hay gente, señor) desde abajo, y no se atreve a dar un paso si no le hacen subir o si no se le dice:—*Tuloy pô* (Adelante, señor.)

Dicen los bisayos de Leyte:

Makadí kamí maulì
sa balay ngã sinurambì;
bisan la mawaray bongbong,
maulì kay lugaringon.

Nagsisirom na daw inin kakurulpon;
ngã tanan ngã tamsi sa kahoy nanhapon;
kitá man an tawo, ngã ma isip dumdom,
maulì sa balay ngã kalugaringon.

(Aquí estamos, de vuelta
a nuestra pobre casita,
aunque está rota y destechada,
volvemos a ella porque es nuestra.

Ya se acerca la noche,
todos los pájaros vuelven a su nido;
el hombre que tiene juicio y memoria
también tiene que volver a su hogar.)

El hogar es todo para nosotros. Centro de nuestras afecciones, nido de nuestro amor, es, a la vez, la última fortaleza de nuestra libertad y el castillo inderrocable de nuestro honor. Hay cosas que toleraríamos fuera, pero en nuestra casa, no. Reñir, armar camorra, estorbar, gritar, tener el

sombrero puesto, todo esto no podría hacerse en una casa sin ofender a su dueño. Y en caso de escándalo o disputa inevitable, la regla es que el contendiente invite al otro a ventilar la cuestión abajo, *por respeto a la casa*. En nuestras sementeras, si el dueño sale de su casa y ésta se queda sin gente, lo que hace es quitar la escalera portátil o ponerla en otro sitio, para indicar su ausencia. Este hecho es bastante para que nadie se atreva a violar la santidad del hogar. También es una regla no subir a una casa con los pies sucios o llenos de polvo; en algunos casos, al igual que en el Japón, el visitante debe dejar a un lado, antes de franquear las puertas, sus chinelas, zapatillas, corcho, o lo que sea, para no ensuciar el piso de caña, limpio y luciente como el cristal.

Hubo en Lipa, Batangas, un gobernadorcillo, cuya casa fué visitada por un personaje español. El gobernadorcillo iba enseñando al visitante los diversos compartimientos de su magnífica residencia cuando éste se fijó en el retrato de Su Majestad, el Rey de España, colgado en un modesto rincón.

—¡Cómo!—dijo el español—¿Su Majestad en este obscuro rincón cuando debiera figurar en el sitio de honor de vuestra morada?

—Señor—dijo resueltamente el gobernadorcillo —Su Majestad es el Rey de España, yo soy el rey en mi casa.

8. NUESTRAS CANCIONES

Donde se puede admirar todavía la nativa cortesanía es en cierto género de canciones en que el trovador o la trovadora se ve obligado a cantar para contestar un *hapay* o a petición del público. Aquí lucen las *delicadísimas finezas* del P. Chirino como en gloriosa y espontánea floración. Para ofrecer una copa de vino, nuestro cantor dice:

Inom na, inom na't sa kamay ko galing
sukdang itó'y láso'y dî ka papatayin.

(Bebe, bebe, puesto que viene de mis manos,
aunque fuera veneno, no te matará.)

Cuando una soltera es requerida para cantar (*hapay*), empieza cantando una especie de prólogo que dice:

Yaring pagtindig ko sa gitnâ ng̃ bahay
nalalantáng kahoy ang siyáng kabagay,
ang nakatutuyo'y ang paták ng̃ ulán
nakasasariwa'y ang sikat ng̃ araw.

(Al levantarme en medio de este salón
parezco el árbol de ramas mustias,
si una gota de lluvia las seca,
las revive un rayo de sol.)

Significación. Que ella está muerta de vergüenza, que no sabe cantar, pero espera que un rayo de benevolencia del público alentará su timidez.

Otro modelo de contestar el *hapay* o invitación es el siguiente:

Akó'y susunod nang walang kaliwagan
paris nang pagsunod ni Eva kay Adán.
Bunga ng manzana, huwág kani't bawal;
kakanin ko na pô, masunod ka lamang.

(Os voy a obedecer de todo corazón
al modo de Eva obedeciendo a Adán:
está prohibido catar la manzana del Paraíso,
mas voy a catarla porque me lo ordenáis.)

Ahí va otro modelo:

Anó kayang gawin nang baít ko lamang
alangan at akó'y walang pagkukunan;
kung dî ang gawin ko'y manghirám na lamang
sa baít nang ibáng may pinag-aralan.

(Qué voy a hacer con mi solo juicio:
soy ignorante y sin recursos:
lo que voy a hacer es pedir prestado
del juicio de otros que saben más que yo.)

9. NUESTRA HOSPITALIDAD

Nuestras fiestas populares de antaño, en especial la fiesta del Santo Patrón del pueblo, se anunciaban con billetes de invitación que hicieron furor en pasadas épocas. Tales billetes estaban escritos algunas veces en versos acrósticos. Los mejores poetas del pueblo eran rogados para escribirlos y había una tal emulación entre ellos,

tan honrosa y dificilísima era la lid, que los *amateurs* del verso tagalo esperaban con ansia la llegada de los billetes para saborear aquel primor del lenguaje, característico del genio oriental, aquella sutileza en el decir, en que la galantería, el sentido parabólico, la fina intención, la gracia soberana y la fluidez y sonoridad de la dicción campeaban que era un gusto. Y a fe que hubo billetes dignos de los mejores tiempos de Baltasar y Abella. Conservo uno del año 1861, intraducible a otro idioma, escrito por el mejor poeta del pueblo, algunas de cuyas estrofas dicen así:

Ang dî maikubling bulák ng̃ pag-ibig
alon ng̃ ligayang umapaw sa dibdib,
siyáng naging hagdáng tulay sa pag-tawid
ng̃ pusò sa linab na tuwang lalanip.

Sa tulin ng̃ nasang higit sa lumipad
tunod na palasóng sa pana'y binigkás,
nabuyó ang isip at dî na liningap
ang sagpang ng̃ ganid na dilang pipintás.

Doón sa mayamang araw na sasadsad
na ikatatlong pû nitong lumalakad,
kayo't ang familia'y hintay kong malimbag
sa pintuan namin ang bakás ng̃ yapak.

Significación. El afecto y la alegría ya incontenibles, han servido de puente, desoyendo la voz de la crítica mordaz y la murmuración de que podría ser objeto por este atrevimiento, para invitarle a usted, en la esperanza de que con su familia se servirá traspasar los umbrales de esta su casa el día 30 de los corrientes.

Doble fin tenían: describir los futuros atractivos de la fiesta: teatro, gallera, bandas de música, fuegos artificiales, y luego ofrecer, en frases de la más exquisita cortesanía, la nativa hospitalidad.

¡La hospitalidad! He aquí otra virtud más, proclamada por propios y extraños, detractores o amigos. La anécdota del filipino que empeña todo lo que tiene para agasajar a sus huéspedes es ya proverbial. Oíd este cantar bisayo expresivo de nuestra hospitalidad:

Igsoon sa tabuk nayon
hapit anay sa amon;
bisan waay bugas ng̃a kan-on,
may buyò ng̃a pagaman-on.

(Hermano que eres de la otra orilla,
ven y pasa un momento;
aunque no tenemos arroz para comer,
tenemos buyo para mascar.)

Cuando invitamos a comer, no nos contentamos con una invitación de palabra sino que arras-

tramos materialmente al huésped conduciéndole a la mesa como un prisionero. Decimos:

> Ang tunay na pag-anyaya
> dinadamayan ng̃ hila.
>
> (Quien de veras invita
> obliga y arrastra al invitado.)

o bien:

> Nagpapakain ma't masamâ sa loob,
> ang pinakakain hindî nabubusog.
>
> (Si el que invita está pesaroso,
> el invitado no se queda satisfecho.

10. LA PRUEBA DEL MENDIGO

Para grabar en nuestro corazón este sentimiento de hospitalidad, así como el respeto a los ancianos, nuestros abuelos se valían del tipo humano más emocionante: el mendigo. Decían que el Todopoderoso suele bajar de lo alto en forma de anciano pordiosero que va tocando las puertas de las casas pidiendo limosna u hospitalidad. En rigor lo que pretende es inquirir si las antiguas reglas de bondad y caridad al prójimo todavía se conservan. Escuchad una leyenda. Un día un mendigo tocó la puerta de un ricachón, para pedirle un poco de limosna. El ricachón no le atendió ni le oyó siquiera. El mendigo rogó por segunda vez, también sin resultado. Entonces amenazó al pueblo que pronto sobrevendría un castigo enorme y, llamando a la puerta

de la casa vecina, de cuyos moradores recibió generosa acogida, les dijo:—Poneos en salvo.—La gente de la casa avisada empezó, en efecto, a salvar sus cosas, y no bien habían terminado esta tarea, cuando ya la residencia del avaro era presa de un horroroso incendio.

En el pintoresco pueblo de San Pablo, Laguna, llama la atención un poético lago llamado *Sampalok*. Cuentan que, antes de ser un lago, era un florido vergel, lleno de árboles frutales, entre los cuales había un gran árbol de sampalok. Una siesta calurosa se acercó allí un mísero mendigo pidiendo algunas frutas para apagar su sed, pero la dueña, perversa y tacaña, no sólo trató con aspereza al pobre, sino que soltó a sus perros para que le persiguieran. No tardó mucho y el mendigo, que era el mismo *Bathalà*, castigó a la ingrata hundiendo su casa, su vergel y todas sus tierras en aquel profundo y misterioso lago.

11. IBONG ADARNA

La leyenda del *Ibong Adarna* es una de las muy populares. Una de sus versiones es la siguiente:

Cuentan de un rey que estuvo muy enfermo, desahuciado por doce médicos, mas otro médico le aconsejó, como remedio de su enfermedad, que se mandara buscar un pájaro maravilloso llamado *Adarna*. El rey así lo ordenó al mayor de sus tres hijos, llamado Pedro, el cual, ya en el

camino, encontró al mismo Dios disfrazado de mendigo. Dios quiso probar la bondad de su corazón, pidiéndole un pedazo de pan. El príncipe se negó diciendo:

—¡No me embromes, que el fin de mi jornada está muy lejos aún!

Y siguió andando hacia el Este. Encontró luego un ermitaño, quien, preguntado por él acerca del paradero del pájaro buscado, le indicó que debía seguir caminando en la misma dirección siguiendo la línea de los árboles cuyas ramas se extendían hacia el Este. Al fin encontró al pájaro *Adarna*, posado en un árbol. Era de noche. El pájaro dicen que solía cantar siete veces durante la noche mudando de color tras cada canto. El príncipe Pedro estaba esperando que el pájaro se durmiera para cogerle; pero quien se durmió fué él y en tal situación cayó sobre su cabeza el excremento del pájaro convirtiéndole en piedra.

Como no llegaba Pedro, el rey despachó a su segundo hijo llamado Diego, al cual le ocurrió exactamente lo mismo que a Pedro, por no haberse dignado dar un pedazo de pan al mendigo del camino. Pero el tercer hijo que fué enviado después, tenía mejor corazón que sus hermanos. Se llamaba Juan, el cual, tan pronto divisó al anciano, le dió cuanto tenía. El mendigo, en cambio, le regaló un cuchillo con el cual debía herirse para no quedarse dormido. De esta manera, el Príncipe Juan pudo coger el pájaro.

Juan logró después que sus hermanos petrificados readquirieran sus primitivas formas, pero tan malos eran que trataron de matar a su salvador para volver a la ciudad con el pájaro cogido. Mas se descubrió su perversidad y fueron ahorcados. El rey sanó por la presencia del *Ádarna*, sustituyéndole Juan en el trono con toda gloria y esplendor.

12. RESPETO A LOS ANCIANOS

Pío Mondragón nos cuenta en el *Folk-lore Filipino* esta leyenda generalizada sobre el respeto que debemos guardar a los ancianos. Antes de la erupción del volcan Mayón en 1814, en el tribunal de un pueblo vecino se discutía el programa de la próxima fiesta del pueblo. En esto se presentó un pobre anciano que pidió permiso para terciar en el debate. Mas, como el anciano no pertenecía al Consejo ni al vecindario de la localidad, se le negó la palabra y se le despidió como un intruso. Entonces el anciano les amenazó a todos que algo malo sobrevendría, y efectivamente, antes de las veinticuatro horas, el pueblo se cubría de lava, fuego y tinieblas.

Ang taong lampás sa gulang,
dî dapat pakitunguhan,
ang iyong pagparoonan
ay tatandâ ka rin naman.

(Con los ancianos
no entres en disputa;
ten en cuenta
que también vas a la vejez.)

El anciano no solamente es, para nosotros, el símbolo de la debilidad y vejez que deben ser socorridas, sino también el símbolo de la experiencia y sabiduría. Por eso, no solamente se le debe respetar, sino también consultar.

Anó mang gagawin ng̃ batà
ikuhang tanóng sa matandâ

(Todo lo que el joven tenga que hacer
debe consultarlo antes a un anciano.)

dice nuestro proverbio. Este sentimiento todavía subsiste, y, por eso, muchas querellas de familia que debían llegar a los tribunales terminan a tiempo, gracias a los consejos de ancianos respetables.

13. UN REY MALO

La leyenda de un rey que mandó degollar a todos los ancianos mayores de sesenta años, por inútiles, es otra que ha arraigado en nuestras masas por la lección que encierra. He aquí la versión. Entre los consejeros de un rey había uno que tenía precisamente un padre octogenario a quien quería mucho. Bajo los términos del edicto real este venerable anciano quedaría incluído en el degüello general. El consejero no sabía qué hacer; pero venció, al fin, el amor hacia el autor de sus días escondiéndole en una cueva. Un día, el reino fué amenazado por una invasión de un ejército de leones. ¿Qué hacer? El rey

llamó a consejo para resolver el conflicto, mas nadie encontraba el remedio. El peligro se echaba encima. El consejero se acordó entonces del viejo de la cueva, su padre, y fué a consultarle. El viejo dijo: "Mandad construir una muralla de cristales azogados que circunvale toda la ciudad." En efecto, cuando los leones quisieron entrar en ella se encontraron con un ejército igual de leones que les disputaban el paso. Quisieron cambiar de ruta, y lo mismo: cada vez que se acercaban a la población se encontraban con otros tantos guerreros leones. La invasión fracasó, y los leones se retiraron sin haber conseguido nada. Cuando el rey se enteró del verdadero autor de esta medida, juró que jamás en su vida volvería a condenar a un anciano.

Tenemos otros muchos cuentos, leyendas, o fábulas, algunas originales, otras tomadas de literaturas extranjeras, que enaltecen las grandes virtudes humanas como el amor filial, el sacrificio, la lealtad, el respeto a los ancianos, el deber de hospitalidad, etc. Estas enseñanzas constituyen un elemento básico en la formación de nuestro caracter.

14. TOLERANCIA

Kung hinagis ka ng̃ bakal,
gantihin mo ng̃ tinapay.

(Si alguien te arroja hierro,
retribúyele con pan.)

Huwág kang humagis,
nang *di* ka *hagisin*.
Masamâ sa iyo'y
sa iba'y gayón din.

(No tires
para que no te tiren;
lo que es malo para tí
lo es para los demás.)

He ahí dos hermosas reglas de tolerancia y bondad, que parecen arrancadas de la Biblia. Hasta la expresión tiene la severidad de un dogma y el encanto de un precepto evangélico. Si queréis otra más gráfica y a la vez más objetiva, oíd:

Ang maliit ay tambalan,
ang malaki ay kikilan,
ang maiklí ay dugtungan,
ang mahabà ay putulan.

(Lo que es pequeño, aumentarlo,
lo grande, achicarlo,
lo corto, alargarlo,
lo largo, acortarlo.)

Cuando D. Gonzalo de Córdoba presentó un puñal a Zulema para que le quitase la vida, la bella princesa mora le contestó de esta manera, según uno de nuestros *corridos* más populares.

—A mí no me importa quién seas: no necesito quitarte la vida: no quiero jamás ser verdugo de mi prójimo. Ayer fuiste un africano; hoy te presentas como el gran Don Gonzalo; pero seas

quien seas, amigo o enemigo, a tí te debo la vida y el honor; te he jurado amor sempiterno y la ley me manda que no sea traidora ni aún al más grande de mis enemigos.

En *Florante at Laura* encontraréis otra lección de tolerancia y bondad, muy edificante. El cristiano Florante está atado a una higuera, en medio de bosque espesísimo. Después llega el mahometano Aladín, guerrero de Persia. Aladín oye los quejidos de Florante y se sorprende:—¿Quién es?—Florante continúa lamentándose. El nombre de su amada Laura se escapa de sus labios a cada momento. Dos leones, de los que abundan en aquellas selvas, aparecen de improviso, amenazadores y rugientes. Florante comprendiendo que, al fin, su vida tenía que acabar, en lacrimosos versos da un adios a Albania y a su novia, la bella y traidora Laura, ahora en brazos del Conde Adolfo. Pero el guerrero de Persia, que está oyendo todo, no puede contenerse, y acude al lugar de donde parte la voz. Entonces ve la horrible escena. Lucha contra los leones, y los mata. Luego, desatando a Florante ya inconsciente, le coloca en su regazo. Cuando Florante vuelve en sí, dice asustado:—¡Cómo! ¿Estoy en brazos de un moro?—El guerrero le contesta entonces:

Kung nasusuklám ka sa aking kandungan,
lason sa pusò mo ang hindî binyagan,
nakukutyâ akong di ka saklolohan,
sa iyong nasapit na napakarawal.

CINCO REGLAS DE MORAL ANTIGUA

Ipinahahayag ng̃ pananamit mo
taga Albania ka at akó'y persiano,
ikaw ay kaaway ng̃ baya't *sekta* ko,
sa lagay mo ng̃ayó'y magkatoto tayo.

Moro akó'y lubos na taong may dibdib,
at nasasaklaw rin ng̃ utos ng̃ lang̃it;
dini sa pusò ko'y kusang natititik
natural na leing sa abá'y mahapis.

(Si te repugna verte en mi regazo
y es veneno para tu corazón el que no sea
cristiano,
es para mí un remordimiento dejar de socorrerte
al verte en tu lastimero estado.

Tu traje demuestra
que eres de Albania; yo soy de Persia;
tú eres enemigo de mi pueblo y secta,
pero en la desgracia somos hermanos.

Aunque soy moro, tengo corazón;
me alcanza lo mismo la ley divina;
en mi pecho está grabado
el mandamiento natural de socorrer al desgraciado.

¡Qué hermosa lección de tolerancia y bondad!

CAPÍTULO IV

DOMINIO PROPIO

Bago mo sabihin at gawín
makápitóng iisipin.

(Del *Refranero tagalo*)

NUESTRA EDUCACIÓN del *pagpipigil sa sarili*, que en castellano se conoce por *dominio propio* y en inglés *self-control*, es producto de muchos factores, uno de los cuales ha sido, ciertamente, nuestro prolongado estado de colonización o esclavitud. Cuatro siglos de dominación extranjera con todas sus circunstancias agravantes nos han enseñado la resignación. El esclavo tiene que callarse, ocultar sus pensamientos, dorar la miseria de su existencia; de lo contrario, irá a morir como esclavo. La alegría, la franqueza y la verbosidad huyen cuando el pueblo sufre. De esta manera hemos aprendido el arte de la prudencia que conduce a un resultado: la educación del dominio sobre la voluntad. Una manifestación de este carácter nacional se ha patentizado ya en páginas anteriores, a saber: *el deseo de agradar*, o bien, *el miedo de ofender*. Uno de los aspectos de esta cualidad individual es el acto de medir y revisar cuidadosamente nuestros pensamientos y deseos antes de exteriorizarlos, y en eso consiste precisamente la virtud del *dominio propio*.

I. DOS SENTIMIENTOS CARDINALES

¿Existe en el filipino esta virtud? ¿Sabe el filipino practicarla? Yo creo profundamente que sí, con esta sola excepción: que no se le ofenda en su dignidad. El filipino es tan reposado como digno. Por eso los extranjeros mismos, los extranjeros sin prejuicios, no saben qué admirar más en él, si su sentimiento del honor, o su sentimiento de responsabilidad. El filipino se someterá a las pruebas más duras del sacrificio de su voluntad con tal que no se le humille, con tal que no se crea lastimado en su dignidad. William G. Palgrave nos dice que el dominio de sí mismo del filipino, tanto en palabras como en hechos, sólo se interrumpe cuando se le provoca: entonces comete una locura pasajera pero fatal. Featherman añade que los filipinos tienen un sentimiento personal llamado *hiyâ* (vergüenza, sentido de dignidad) que les hace muy susceptibles al insulto. Otros muchos, entre ellos Foreman, son contestes en afirmar la serenidad del filipino, a menos que *sienta algo que considere como una ofensa*, y entonces se altera inmediatamente, se le enrojece la faz, algo como una visión de sangre cruza momentáneamente por sus pupilas y pierde, por un instante, el dominio de su ser.

Yo digo, pues, que esta condición tiene su anverso y su reverso y cada lado responde a un sentimiento capital de la vida: uno positivo, la prudencia; otro negativo, la dignidad o el honor.

Estos dos sentimientos nos guían en nuestras palabras, en nuestras acciones, en nuestra vida, y son como reglas invisibles que, desde el fondo de los siglos, están incrustadas en nuestra conciencia formando parte de nuestra Biblia moral. ¡Cuán cierto es que, si por un lado somos silenciosos y tristes, muchos de nuestros crímenes pasionales se deben a la concepción exaltada del sentido del honor!

2. ESCENAS DE HONOR Y DE HORROR

En Batangas es muy corriente que de una sencilla broma se llegue, por fútiles motivos de amor propio herido, a un homicidio espeluznante. La hoja del cortaplumas o el bolo clásico,* luciente como *daga* toledana, constituyen entonces la prenda indispensable e inapreciable. Las tabernas de los barrios son testigos de estas escenas de honor y de horror. En ellas tan pronto se habla del vino blanco—el coquillo picante—como del vino rojo—la sangre de los combatientes. En la generalidad de los casos interviene espiritualmente la moza, la moza garrida del barrio, que, morena y sin par, desde su estancia de caña y cogon, inspira

* He aquí los bolos típicos que suelen usar los *tirongs* de Batangas:

1. Sinampalok, 2. binakuko, 3. dinahong-buhò, 4. dinahong-palay, 5. sinambartolomé 6. sinungatuláng, 7. kinampít, 8. binuntot-palós.

a los bebedores como las damas de la Edad Media inspiraban a sus caballeros. Y es tal la serenidad y la fuerza de ánimo de estos héroes que las crónicas cuentan que un día, dos de ellos, después de haberse propinado mutuamente tajos, rendidos y extenuados en medio del arroyo, el uno con las tripas salientes, el otro con los brazos semi-cortados, todavía riñeron al alguacil que quería arrestarles, por la sencilla razón de que "sólo estaban *bromeando*." No quisieron ser llevados al cuartel. Las manchas de sangre habían satisfecho las exigencias del honor.

Hay en la novela de Rizal una figura que todos recuerdan, sin duda: la de *Plácido Penitente*. Plácido es un estudiante muy digno de su nombre: modesto, sencillo, humilde, poco comunicativo. Un día, en plena clase, recibe un insulto de su catedrático y de pronto le tenemos hecho una fiera. "¡Plácido Penitente—se dijo—demuestra a toda esa juventud que tienes dignidad, que eres hijo de una provincia valerosa y caballeresca donde el insulto se lava con sangre!" —Y luego le véis pasearse por las calles de Manila urdiendo planes de destrucción, sediento de sangre y venganza. En tal estado no es difícil que cometa un crimen. Está poseído del *hamok*.

3. EL INSULTO

¡El insulto! ¡Nada peor que un insulto! ¡Todo menos el insulto! El insulto, cuando

ofende nuestro honor, destruye, como por encanto, el edificio ideal de nuestra paciencia legendaria. El caso típico de aquel japonés de que nos habla Lafcadio Hearn, que conmovió a un occidental porque respondía con sonrisas a los insultos, es inverosímil en Filipinas y para los filipinos. Los igorrotes mismos nos dan lecciones muy dignas. Recordad aquella anécdota de una expedición militar española a una de las montañas de Nueva Vizcaya. Varios igorrotes principales bajaron a presentarse al jefe llevando algunos regalos. Mas, ocurriósele a alguno de la expedición chancearse con un viejo tirándole de los pocos pelos que tenía en la barba. Esto bastó para que se enfureciese y diese el grito de guerra a los suyos, armándose luego una tremenda confusión, a pesar de que los igorrotes no estaban preparados para la lucha, porque no habían traído sus armas. Y es que aquella broma—nos dice Ignacio Villamor, de quien tomé esta nota—lastimaba el sentimiento de vergüenza y dignidad de los igorrotes, cosa que los filipinos todos estiman tanto como su vida.

La paciencia, pues, infundida por la secular dominación, no ha llegado hasta el extremo de matar el sentido de la vergüenza y dignidad. Al contrario, lo ha vivificado, lo ha enaltecido, lo ha aumentado de valor, como el oro que se aprecia cuanto más se esconde. De la misma manera que el fanfarrón es el que suele tener muy a menos el concepto de la personal dignidad, así también

la prudencia filipina, el silencio filipino, el dominio propio del filipino, resultado de una larga condición social, son cualidades que magnifican y enaltecen su sentimiento del honor.

4. EL DAGUIT

El *daguit* es otra prueba de estos sentimientos cardinales. Un galán filipino se enamora de una *dalaga*, la elegida de su corazón. Primero, un largo período de cortejamiento, de solicitud, de trabajo paciente y laborioso. Después, la *dalaga* da indicios de aceptarle, y así se lo manifiesta tímidamente. Romance, drama de amor a distancia, dos corazones que palpitan al unísono y se quieren. Pero hay un obstáculo: los padres, los padres puritanos, que vigilan a la niña y no la dejan ver a su novio, ni menos hablarle. ¿Cuál es el remedio? El novio se entiende con el *tirong* de la comarca, un hombre valeroso y decidido, y el *tirong* aconseja raptar a la niña. El *tirong* sale una noche de su casa, bien armado, ensilla su brioso caballo—el más hermoso del barrio—se hace acompañar de otros *tirongs*, también a caballo y también bien armados, van a rondar la casa de la niña, que ya está prevenida, y en un rápido movimiento la roban del poder de sus padres. El *tirong* la coloca a su lado en el caballo, y todos parten rápidos para el pueblo a entregar a los novios a la *justicia*.

EL DAGUIT (DIBUJO DE P. AMORSOLO)

(Véanse págs. 104–105)

—Estos dos jóvenes se quieren, y se les debe casar. El amor es el amo del mundo—dice el *tirong* a la Autoridad.

Si los padres se despiertan en el momento del rapto, o un poco después, emprenden la persecución de los raptores, y entonces veréis a dos grupos de a caballo, los perseguidores y los perseguidos, cruzar veloces a media noche, con luna o en plena oscuridad, los caminos húmedos del barrio, pareciendo fantasmas o visiones, sin gritos, sin querellas, sin escándalo, no oyéndose otra cosa más que el galopar de los caballos.

Si los raptores llegan a la *justicia* antes, juntamente con los novios, todo se habrá salvado; si no, entonces, en medio del camino, silenciosamente, se desarrollará un drama de sangre, frío, espeluznante, al objeto de salvar el honor de cada cual, a la manera noble o hidalga de los antiguos caballeros.

5. PRUDENTES PERO DIGNOS

Observad una cosa. Mientras, por un lado, tenemos hermosas reglas de prudencia sacadas del fondo de la sabiduría popular, como por ejemplo:

Bago gawín o sabihin
makápitóng iisipin.

(Antes de hacer o decir algo
piénsalo siete veces.)

Ang galit mo sa ñgayón,
bukas mo na itulóy.

(La cólera que te irrita hoy,
reservala para mañana.)

Ang taong nagtatanóng
mahirap nábalatóng.

(El que pide consejo,
difícilmente yerra.)

Ang bibíg na tikóm
ligtás na sa lingatong.

(El que tiene la boca cerrada
está libre de disgustos.)

Kung diri mu buut masakitan,
pakatigurang ha pamatasan.

(Si quieres evitar penas o conflictos,
compórtate como un anciano.)

Ang tao'y bago mangusap,
tingnan ang likód at haráp,
at baká kadingat-dingat
siyá'y masamâ sa lahat.

(Antes de decir una palabra
mírate por delante y por detrás,
no vaya que, sin pensarlo,
resultes peor que los demás.)

Kung dî mo ibig mahiyâ,
wika'y ibagay sa gawâ;
pag ang matabíl na dilà
sa iyó'y siyáng nagwikà
parang tinagâ sa mukhâ.

(Si no quieres sufrir vergüenza,
no digas lo que no puedas cumplir,
porque, si la lengua mordaz
te coge por su cuenta,
será como si te dieran en la cara un tajo.)

Ang lumalakad nang biglâ
násusubóng, nárarapâ:
¿ang tumatakbó pa kayâ
ay hindî sumagú-sagupà?

(El que camina a prisa
suele tropezarse y caer;
el que corre,
¿qué topetazos no sufrirá?)

Hanggang maiklî ang kumot
mag-aral kang mamaluktot.

(Mientras es corta la sábana
aprende a encogerte.)

tenemos, en cambio, estas otras reglas en que se inculca el sentimiento de la propia dignidad:

Ang taong dî magpakatao,
ay hayop ng̃ kapwà tao.

(El hombre que no se conduce como hombre,
es el bruto de sus semejantes.)

Ang taong maalam mahiyâ
asaha't may pagkadakilà.

(El hombre con vergüenza
siempre es digno.)

Sa batong pagulong-gulong
ang damó'y dî sumisibol.

(En la piedra que va rodando
no crece el musgo.)

Kung magpalalò ay taksíl,
magpakumbaba'y gayón din.

(Si enorgullecerse es malo,
humillarse es peor.)

6. CONTRA LA CALUMNIA Y LA FANFARRONERÍA

¡Siempre lo mismo! Por una parte, el freno de la voluntad, de la lengua, el *self-control*, en una palabra; por otra parte, el honor, la dignidad, la caballerosidad, como un sentimiento enaltecedor. Será difícil encontrar pensamientos tan altos y tan dignos escritos en tan pocas palabras. Es la concepción del hombre-rey. Es la exaltación de la personalidad humana triunfando sobre las pequeñeces y bajezas de la vida.

Habéis oído ya a los poetas anónimos de antaño. Oíd ahora al poeta de hoy, el que habla

la lengua hispana y es creación de la actual mixta civilización:

Serenidad. Adopta, frente al áspero grito
de los gansos del odio, una faz de exquisito.

La serenidad japonesa es profunda y humilde. La serenidad filipina es comedida y noble; no diré que es orgullosa, porque condena el orgullo, pero es digna en medio de su apariencia de resignación y compostura. Escuchad todavía:

Del Refranero tagalo:

Mahangay iwà ng̃ bakal
ang sa aki'y makamatáy;
huwág ang wikàng mahalay,
puri't buhay ay karamay.

(Prefiero que me mate
herida de puñal,
que no una denigrante calumnia
que me quita vida y honra.)

Huwág hasuin ang dilà
sa kapang̃ahasang wikà,
at kung hindî magawâ
ay lalong kahiya-hiyâ.

(No profieras nunca
palabras de arrogancia,
porque si no puedes hacer lo que dices,
será mayor tu vergüenza.)

Del Refranero bisaya:

Tawu ñga maukuy, tabañgan
tawu ñga mayakán, ulawán.

(Cuídate del hombre manso,
al charlatán no le hagas caso.)

Iton imo babà ñga nagyayaborà,
ñga nagyiyinakan siton lonlon buwà;
kon di ko kahadlok, paghirot sin gabà,
pag oonloton ko itón imo dilà.

(Esa tu boca que espumea
arrojando todo lo que es mentira,
si no fuera por temor y por evitar la maldición,
me atrevería a arrancártela.)

La prevención popular contra la calumnia, la fanfarronería, la mala crianza, la imprudencia, es, pues, terrible. Todo se puede reducir a este principio: dominarse, contenerse. Repito una vez más que esta regla no admite excepción más que cuando se trata del honor, excepción que hace más hermosa la regla.

Pitágoras solía decir a sus discípulos:—*Callad, o, por lo menos, decid algo que es mejor que estar en silencio.* San Agustín advertía que antes de dar rienda suelta a la lengua hay que limarla dos veces. Tal es también nuestro principio sintetizado en esta forma:

Bago gawín at sabihin
Makápitóng iisipin.

¡Pensar siete veces os parece poco!

7. ANÉCDOTA DEL FANFARRÓN

El reverso del hombre ecuánime, del hombre sereno, es el fanfarrón. Recordad aquellos conocidos proverbios que aparecen en otro lugar:

Nag-iipo-ipo ang bibíg
sa *loob* ay walang tubig.

Nagpupunlâ ng̃ hang̃in
bagyó ang aanihin.

Hay, en nuestro Cancionero popular, un pasaje muy instructivo contra el fanfarrón. Hélo aquí: Había un *bachiller* ufano de su sabiduría que se retiraba a su casa viniendo del colegio. Cogió una banca para atravesar un brazo de mar y, en esta ocasión, quiso hacer gala de su ciencia ante el propio *banquero*.

—¿Puedes saber—le dijo—lo que hay en el cielo y en el infierno y la suerte del hombre?

El banquero, sin inmutarse, contestó:

—No voy a la escuela; la banca es mi *materia* y el remo mi *pluma;* el inmenso río es el *papel* en que escribo. Pero, a mi vez, te pregunto: ¿Cuántas remadas hay desde esta parte del mar hasta la opuesta orilla?

Esta vez, el estudiante se calló ante la pregunta de su contrincante. No sabía cómo contestarla. Luego se le canta el conocido estribillo:

Kuyâ ang sabi ko sa sino ma't alín
na may karunung̃an: itago't ilihim;
at kung makátagpô ng̃ matalim-talím
para kang nahulog sa balóng malalim.

(Por eso advierto a todo el
que presuma de sabio, que no exhiba su saber,
porque si tropieza con un listo
es como si hubiese caído en un pozo profundo.)

8. CONTRA EL ORGULLO Y LA VANIDAD

Nuestras enseñanzas contra el orgullo no son menos interesantes. Son utilísimas y sumamente rígidas. Nuestra concepción de la vida está basada en la palabra *suficiencia*. Así aprendimos desde niños. Así nos enseñaron la historia común y la común desventura. Así nos aconseja la religión de nuestros padres.—¡No ambiciones mucho!—dicen.—¡No te envanezcas de lo que tienes!—continúan.

Escuchad aquellos conocidos versos de Francisco Baltasar, en el *Florante:*

Kung anó ang taas ng̃ pinanggalingan
siyá rin ang lalim ng̃ kahuhulugan.

(La altura de que se cae
da la medida de la profundidad de la caída.)

Nuestras canciones están llenas de sátiras finas contra el exceso de vanidad. Cuando nuestros niños recitan, aquello de

Ang ibong *pugapug* magpaimbulóg man,
pagpaták ng̃ lupa'y *pugapug* din lamang

dándolo un tono musical, quieren, con ello, dar un toque de atención a los que aparentan ser más de lo que son.—"*Pugapug*—dicen—por más que vueles alto, no dejarás de ser el mismo pájaro cuando caigas en tierra."

Magdalità ka ñga, niyog,
huwág magpapakatayog,
kung ang uang ang umok-ok,
mauubos patí ubod.

(Sufre, cocotero,
no te subas tan alto,
que si el abejarrón te roe las entrañas
no te dejará ni la médula.)

Oíd todavía otro cantar, mucho más serio y expresivo. Ya no lo cantan los niños, sino los maduros, los de edad:

Kai-kailán man ay dî ko inimbót
na akó'y maupô sa bangkóng matayog,
ang kawikaan ko'y kung akó'y mahulog
ang butó ay balî, ang katawá'y lamóg.

(Yo nunca he aspirado
colocarme en alto asiento,
porque mi caída, si caigo,
quebrantará mis huesos y todo mi cuerpo.)

El trovador bisaya es más enérgico y directo, y cuando fustiga al altanero que se prevale de su posición o riqueza, lo hace en esta forma de canción:

Kahoy ka ñga linawaan,
sa pátag nanawantawan,
kung kanan Diyos ka pagbut-an
matopong sa ulasiman.

(Tú eres el árbol *linawaan*
que se yergue en medio del llano:
si Dios quisiera abatirte,
quedarás al nivel de *ulasiman*.)

293948——8

Hay una variante como sigue:

Banwa ka ng̃a ulasiman,
nakanap sa kapatagan,
kung kanan Diyos ka pagbut-an
matupong sa lawaan.

(Tú eres la hierba *ulasiman*
que se rastrea por el suelo;
si Dios quisiera elevarte,
te alzarás a la altura del *lawaan.*)

A veces nos valemos de figuras retóricas, y son ellas sencillamente bellas:

¿Dî bagá nang una, *Amabilis poon,*
akó ang anahaw na iyóng pinandóng?
Nang makakita ka ng̃ damít na payong,
ang abang anahaw'y iyóng itinapon.

Itinapon mo ng̃a't iyóng iwinaksí
ang abang anahaw na kawili-wili,
saká ng̃ masirà payong mong binilí,
nagsaulì ka rin sa pandóng mong dati.

(¿No es verdad, señor Amabilis, que un tiempo
yo era la hoja de palmera con que te cubrías?
Después que encontraste un paraguas de tela
arrojaste a la pobre palmera.

Arrojaste sí, y desdeñosamente,
la humilde y encantadora hoja,
y ahora que se ha roto tu paraguas
otra vez vuelves a la palmera.)

¿No observáis en estas dos estrofas un encanto suavísimo que envuelve un amargo reproche?

Pues bien, esto no quiere decir más sino que hasta para castigar, para humillar, para hacer justicia, no acostumbramos emplear el hierro sino la seda, nuestras palabras no son de rencor y odio sino de suavidad y compasión.

9. MÁS REFRANES

Ahora vamos a los proverbios, a los refranes, el gran Libro de la Sabiduría Popular, la Biblia indígena en las sementeras. Oíd:

Magsalakót ma't di bagay
mahanga'y nagpapaulán,

lo cual, según los PP. Martín y Cuadrado, quiere decir que es mejor exponerse a mojarse que cubrirse con sombrero que desdice del propio estado.

Lumipád ka man nang lumipád
sa lupà ka rin papaták.

(Por más que vueles alto
al suelo caerás.)

Kung tanawín ay mayabong
kung lapitan ay palunpong.

(De lejos es frondoso,
de cerca es raquítico.)

Ibig umakyat sa bundók
ay walang kukóng ikamot.

(Quiere subir al monte
sin tener uñas con que treparlo.)

CINCO REGLAS DE MORAL ANTIGUA

An una makaisdà,
una man kabuturi.

(El primero que pesca
es el primero a quien se le pudre el
pescado.)

Gaanó mang iyóng lakás
daíg ka ng̃ munting lagnat.

(Por muy fuerte que seas
una pequeña calentura te vence.)

Walang mayama't ginhawà
na dî nanghing̃î sa ibá.

(No hay rico ni acomodado
que no haya necesitado de otro.)

Bis itong mahatitimona,
may gihap paghiluwâ.

(Aún lo que se ha comido,
puede ser arrojado.)

Ang taong walang kibô
hang̃in ma'y dî tatangkô

(Al hombre quieto
ni le molesta el viento.)

Hataas ng̃anì it luksó,
hilarum man it paghimugsó.

(El que más alto salta
más hondo se clava.)

Y no reproducimos más porque lo transcrito es suficiente. ¿Qué quiere decir todo ello sino que no debemos ser orgullosos, ni aparentar más de lo que somos en realidad, ni envanecernos de lo que tenemos, ni ambicionar más de lo que nuestras fuerzas permiten: en una palabra, que seamos modestos, prudentes, sencillos y veraces? Es la gran doctrina: es la misma voz que oímos de todas partes. Es la consigna de los siglos, misteriosamente escuchada y perpetuamente obedecida. Parece como si una hada misteriosa cruzara para siempre los espacios de nuestra mente con el índice en los labios obligándonos a la prudencia y a la mesura.

Sí, prudencia y mesura, repito, para inculcar más la idea. Porque si, como habéis visto, las reglas que gobiernan la palabra y el deseo son *hasta un tanto exageradas, las que regulan la* acción no son menos precisas. Odiamos la precipitación con odio de muerte. Nuestro primero y último consejo es el comedimiento. Nuestro primero y último enemigo es la impaciencia:

Oíd:

Ang paglakad na marahan
mátiník man ay mababaw.

(Al que anda despacio
no se le clavan las espinas.)

Huwág kang magdalas-dalás
at baká ka mádupilas.

(No te precipites
para que no te resbales.)

Kahi't maraha't mainam
daíg ang masamáng dálian.

(Más vale tarde y bien
que pronto y mal.)

Ayaw puuk
basi di ka igsabud.

(No obstruyas,
para que no te atropellen.)

He ahí el pensamiento cardinal de la raza.

10. EL PAPEL DE LA MUJER

Para contrarrestar a su debido tiempo el *hamok* del hombre, templar su ira cuando es preciso, poner paz en el hogar, introducir, en fin, en el seno de la familia la felicidad permanente, la tradición más legítima del pueblo encomienda a la esposa, a la mujer, el desempeño de tan delicado cometido. Por eso es elemento importante en la formación de la familia filipina, el que los padres participen en la selección de esposa para su hijo. La esposa tiene que ser, según la antigua costumbre, de la misma clase social del varón y sufrida, además, sufrida en extremo, porque, como advierte el P. de Castro, para las desven-

turas del hogar el sigilo es la mejor medicina. O como dice el proverbio:

> Magningas ang apóy sa loob ng̃ hurno,
> ang asó'y málihim sa matá ng̃ tao.

> (Arda el fuego dentro de horno,
> mas el humo quede oculto a ojos extraños.)

La esposa tiene, pues, que curar las heridas morales de la familia. Ya se trate de un marido borracho, pendenciero o camorrista; ya se trate de hijos rebeldes y disolutos; o cuando, de cualquier otro modo, el hogar se convierte en un infierno por faltas y vicios de sus moradores, la mujer de la casa es la que está llamada a remediar el mal con su supremo tacto y su suprema resignación.

Hace poco he sabido un caso que a poco llegaba a una verdadera tragedia de sangre, a no ser por la intervención de la mujer. Dos jóvenes vigorosos y valientes, llenos del sentimiento de pundonor e imbuidos de mucho amor propio como son los hombres de mi provincia, ambos casados y con hijos, riñeron después de haber sido los amigos más íntimos de la comarca. Al principio, como eran amigos, y, además, estaban asociados en un negocio lucrativo, no pensaban separarse, partiendo buenos dividendos. Así pasó un buen número de años, hasta que vinieron las disensiones. Entonces se atacaron finamente de palabra. Luego se separaron formando cada

uno negocio aparte. Después, como consecuencia de la separación, vino lo inevitable: la competencia comercial, ardiente, desesperada y ruinosa para ambos. La competencia comercial aumentó la rivalidad e inquina personal. Después de algunos dimes y diretes, concertaron un duelo, un duelo a pistola, que había de realizarse en presencia de amigos de ambos. El pueblo temía mucho más: como cada uno tenía sus dependientes y seguidores, también armados, no era improbable que la lucha estallase entre los dos bandos igualmente fuertes. Cuando llegó la hora del duelo, los testigos se sorprendieron al ver que ninguno de los rivales aparecía en el lugar designado. Misterio indescifrable. Arrogantes y valerosos como eran, no era posible que no acudiese ninguno a la cita sin alguna razón importante. ¿Qué ocurrió, pues? En la víspera del desafío, a media noche, la esposa de uno de los rivales, acompañada de una criada, salió subrepticiamente de su casa para ir a la del rival. Allí, anegada en lágrimas, dijo al enemigo de su marido:

—Mi marido está obcecado y decidido, pero sé positivamente que es inocente. No le quiere mal; no guarda para V. ni el más pequeño rencor personal. Lo juro por la salvación de mi alma. Lo que pasó fué que, de un detalle nimio, como V. sabe, el asunto cobró enormes proporciones, por obra de los chismosos, de los correveidiles, de los enemigos comunes que querían pescar en río

revuelto; y como mi marido veía que nuestro negocio iba de mal en peor, y se acordaba de la suerte de su familia, del porvenir amargo de nuestros hijos, ha llegado a decir cosas que estoy segura no hubiera dicho en circunstancias normales. Estaba obcecado. Pensaba en mí, pensaba en nosotros, y creía que V. se ponía en medio de nuestro camino para arrebatarnos el pan. Yo sé que esto no es verdad. Usted es incapaz de hacerlo. ¿No es verdad que V. no pensó nunca en semejante cosa? Pues mi marido, lo mismo. Y mire V. cómo están ahora las cosas. Mañana se van Vdes. a batir. El que muera sembrará el luto y la desgracia en su familia. Y el que sobreviva, también, porque irá a la cárcel. ¿No habéis podido pensar que tenéis cada uno esposa e hijos? No vivís para vosotros solamente. Otras personas dependen de vuestros brazos, de vuestro esfuerzo . . .

Al oír esto, la esposa del rival se levantó de la cama, a su vez, y se unió a las súplicas de la visitante. El desafío no se llevó a cabo. Los dos rivales volvieron a ser amigos y el negocio prosperó de nuevo en manos de los dos.

Cuando Crisóstomo Ibarra del *Noli*, en aquella famosa comida en el pueblo de San Diego, se *puso furioso por las impertinencias y las alusiones* insultantes del P. Dámaso, y, en un momento de verdadera obcecación, le cogió al cura por el cuello y, echándole al suelo y con el cuchillo en la mano, estaba resuelto a matarle, ¿a quién

escogió Rizal como intermediario, como pacificador, para evitar el crimen? No al Alcalde; no al gobernadorcillo; no al teniente de la Guardia Civil, presentes en el acto; fué a la linda María Clara, quien, con su delicadeza y con su ternura, cogió el brazo vengador de Ibarra y le miró fijamente como si le dijera, toda bondad:—¡Qué ibas a hacer, amor mío!

Ibarra huyó del lugar, arrepentidísimo.

II. PRUEBAS DE SERENIDAD

Entre los tagalos como entre los ilocanos es muy apreciado un *mutya* o *babatò* consistente en una piedrecita milagrosa que arma de valor al que lo posea. ¿Cómo poseerlo? He ahí el problema. La tradición nos cuenta, sin embargo, del modo más natural, el espeluznante proceso de su hallazgo. Primera y última condición: valor, dominio propio, perseverancia. El que no tenga estas cualidades se esforzará en vano. Os situáis por la noche cerca del tronco de un plátano en el preciso momento en que el *pusò* (corazón) está para abrirse. Entonces, de sus pétalos de rosa, al inclinarse al suelo, saldrá la piedra, la piedra encantada. A la vez que la piedra, surgirán como por encanto unos diablos rojos que os derribarán al suelo y os maltratarán horriblemente. Si tenéis presencia de ánimo y conseguís amedrentar a los extraños seres, obtendréis la piedra; si no, perderéis la razón. Dilema terrible.

Otra de las pruebas más difíciles es la que afrontó el intrépido Don Juan, hijo menor del rey de Bervania, según nos cuenta una de las versiones del *Ibong Adarna*. Don Juan fué víctima de la conspiración de sus dos hermanos mayores, pero pudo vencerles después, ocupar el trono de su padre y casarse con la princesa más bella de la creación. ¿Qué es lo que hizo? Actos de valor y serenidad. Mató al gigante que custodiaba a la princesa Doña Juana, y luego mató a la serpiente que vigilaba a la princesa doña Leonora, para libertar a las dos de su prisión. Sus dos hermanos, ciegos de envidia y desesperación, prepararon una nueva trama en cuyas redes cayó otra vez el valiente Don Juan, pero sereno siempre, salió victorioso en todo. Don Juan fué vagando por bosques y montañas hasta que, con la ayuda de un águila, consiguió trasladarse al reino de Cristal, en donde conoció a la princesa Doña María y le declaró su amor. El rey Salermo, padre de Doña María, le sometió a pruebas más difíciles todavía. Por ejemplo: pidió que hiciera desaparecer una montaña y, en lugar de ella, sembrase trigo en una sola noche para que con su fruto se pudiera preparar el desayuno de la mañana siguiente. Le exigió luego que cambiara el sitio de la misma montaña para ponerla frente a las habitaciones del rey. Después le pidió que pusiera la montaña en medio del océano y edificase en ella, en una sóla noche, todo un

castillo feudal, con sus salas amuebladas y sus cañones para matar al enemigo. Después pidió que hiciera desaparecer el castillo así construido en medio del mar. Estas y otras cosas más hizo el joven príncipe, a satisfacción del tiránico rey Salermo del famoso reino de Cristal. De esa manera, Don Juan pudo volver a su patria, llevarse consigo a la bellísima princesa Doña María con quien se casó, y sentarse triunfalmente en el trono de sus padres, con preferencia a sus hermanos.

12. DOS LEYENDAS

El origen de las famosas minas de oro de Benguet descríbese en una leyenda muy popular en aquella región. Cuentan que un día, estando los igorrotes celebrando una fiesta denominada *cañao*, se presentó un anciano desconocido para presenciar la solemnidad. Mientras los concurrentes estaban ocupados en coger los cerdos que se necesitarían para la comida, uno de aquéllos atropelló impremeditadamente al anciano, que cayó en tierra. Como trataban de levantarle, él rehusó toda ayuda diciendo:

—No, no. Dejadme. Sólo pido que me déis un plato y me pongáis en una caldera grande y cubierta, y me dejéis así hasta el tercer día después de la fiesta. Entonces veréis surgir de la caldera un árbol lleno de frutas. Coged las frutas, solamente las frutas, y seréis felices.

Así lo hicieron los igorrotes. Mas al tercer día, removida la caldera según las instrucciones

del viejo, ¡cuál no fué el asombro de todos al ver crecer por momentos un árbol de oro, de oro puro! Aquí surgieron las ambiciones de los habitantes del barrio, quienes, olvidando los consejos del anciano, y en medio de disputas entre ellos, no se contentaron con sólo coger las frutas del árbol, sino que quisieron apoderarse del árbol entero, rompiéndolo en pedazos y llevándose cada uno lo que podía. El árbol se derrumbó. Las frutas de oro se desparramaron en diferentes lugares. El anciano apareció otra vez ante los habitantes diciéndoles:

—No habéis seguido mi consejo. Fuísteis dominados por la ambición y la sed de riqueza. Ahora, si queréis oro, buscadlo bajo tierra y trabajad noche y día.

En la cima del monte Sinukuan, vivía un tiempo, guardando sus inmensos tesoros, un patriarca, el viejo *Sakú*. Las personas que querían visitarle no podían coger ninguna fruta de las variadas y riquísimas que allí había, sin permiso del viejo. Eran la reproducción misma de la fruta prohibida. Dentro de la montaña, el viejo tenía su palacio, un palacio de oro y piedras preciosas. Dentro del palacio tenía a sus hijas, las dalagas más encantadoras que ojos humanos vieron. Pero había, en el misterio de aquellas magníficas habitaciones, en el interior de aquel monte umbroso, una consigna: que nadie podía entrar allí sin la muerte como castigo. Sucedió un día que un afortunado mancebo traspasó sus puertas. El

mancebo lo vió todo sin inmutarse por nada. Ni la belleza de las mujeres, ni el oro de las vajillas, ni el brillo rozagante de todo su derredor, consiguieron arrancar de sus labios una nota de asombro. Impasible como una estatua, contempló la riqueza fabulosa del monte encantado. El viejo Sakú, que también estaba asombrado del joven, le llamó y le dijo:

—No te conozco, ni sé de dónde vienes; pero admiro tu templanza y tu serenidad. Ahora, cásate con la que escojas de mis hijas como la elegida de tu corazón.

Capítulo V

UNIDAD DE LA FAMILIA

Minamana kung arì
lumilikás kung lipì.

(Del *Refranero tagalo*)

EL SISTEMA general de la moralidad filipina se funda en la unidad de la familia. Esta unidad está patentizada por hechos característicos dominantes como el poder de los padres sobre los hijos; la sumisión de los hijos al poder de los padres; la participación de los padres en la selección de esposa para el hijo; la unión entre los esposos; la concordia entre los hermanos; la propiedad familiar a base comunista y el respeto a la memoria de los muertos, para perpetuar el buen ejemplo y el espíritu de casta.

Hablando de la familia filipina, decía William G. Palgrave que hay en ella "mucha subordinación aunque poca restricción, uniformidad en la gradación, libertad y no licencia. Niños ordenados; padres respetados; mujeres sujetas pero no oprimidas; hombres que gobiernan pero no despóticamente; reverencia con cariño; obediencia con afección." Y por estas mismas cualidades características de toda familia oriental, decía un escritor chino que no existían antiguamente en China las sociedades filantrópicas, como reformatorios para niños, asilos y hospitales para

203948——9

ancianos, que abundan en Occidente. No había necesidad de ellas: la familia hacía sus veces, y mejor. En Filipinas, en efecto, según observó un Gobernador General americano, nadie se muere de hambre, porque la familia vela por sus miembros, hasta los de más lejano parentesco.

1. ELECCIÓN DE LA ESPOSA

Donde nuestros padres ponían su mayor empeño, *sin embargo, era en la elección de esposa* para el hijo. He ahí el problema de los problemas, según la sociología antigua. ¿Por qué esta paternal intervención que ahora tal vez nos parecerá oficiosa y anti-democrática? Por varias razones: primera, para ejercer un poder hereditario que nadie ha discutido; segunda, porque de la elección de la esposa depende la felicidad o la desgracia de toda la descendencia; tercera, porque los padres consideran un deber moral ineludible conducir y guiar a los hijos hasta "formar estado," etapa final de todo un sistema de educación paternalista; y cuarta, porque los jóvenes, inexpertos como son, suelen confundir una emoción pasajera con la reflexión verdadera, teniendo más en cuenta sus gustos personales que los intereses generales del linaje.

Además, el matrimonio de los hijos, según la antigua creencia, es una responsabilidad de que los padres deben dar cuenta a Dios cuando pasen a la otra vida. Y su objeto principal es la conservación y transmisión de las buenas costumbres,

por medio de la selección de los que van a unirse para siempre para dejar una descendencia digna.

Debe notarse, sin embargo, que este derecho de intervención que asumen los padres, no lesiona, en rigor, la verdadera libertad del hijo. Los padres guían pero no obligan, aconsejan pero no apoyan sus consejos en el poder de la fuerza, de la intimidación. La práctica, desde los tiempos antiguos, es preparar sabiamente, lentamente, el camino, de modo que el hijo, cuando llegue a la pubertad, cuando se despierten en él las sensaciones del amor, encuentre a la niña de antemano escogida como la más naturalmente apropiada para ser su esposa. Si el hijo, después de todo, cree otra cosa, los padres ceden, procediendo a nueva selección que se transmite al hijo por medio de nuevas insinuaciones y consejos, y así sucesivamente, hasta que se encuentre una a gusto de ambas partes. Los padres, viendo a los hijos casados en esta forma, descansan y se hacen felices.—"Ya podemos morir, dicen: nuestro deber se ha cumplido: a ellos les incumbe continuar nuestro ejemplo y llevar nuestro nombre sin mancha."

2. CUALIDADES QUE SE REQUIEREN

A juzgar por los consejos del moralista P. de Castro, la doncella que debe escogerse para esposa debe reunir muchas cualidades. Debe ser de la misma clase social que el varón, porque, como dicen las Sagradas Escrituras, "para arar *no se debe poner al toro junto al asno.*" Debe

saber amar y sacrificarse. No debe ser más rica que el varón, porque, de lo contrario, la esposa se convertiría en esposo y el esposo en esposa. Debe tener casi la misma edad del varón para que el amor mutuo perdure. No debe ser demasiado hermosa para no despertar celos al marido. No debe ser aficionada a usar trajes vistosos y elegantes. No debe ser derrochadora. Debe amar a Dios . . .

La mujer que entra en el matrimonio, según la concepción antigua, deja de vivir para la sociedad, y si llega otra vez a entrar en ella es para vigilar a sus hijas solteras, cuando las tenga. Su principal deber es cuidar la casa, los hijos y la hacienda. Nada más. Para lograr todo esto, se necesitan tres cosas importantes: paz, trabajo y sufrimiento.

La cualidad que más se estima es el linaje, la casta. El que la dalaga pertenezca a una familia conocidamente buena y honrada en el pueblo es una virtud más importante aún que el dinero y la hermosura, porque la belleza física y la fortuna pueden desaparecer, pero los principios morales y la honradez habitual se heredan y se conservan para siempre.

Ang ari'y sa sarili,
ang puri'y sa marami.

(La hacienda es de su dueño,
mas la honra es de muchos.)

Quiere decir que si la hacienda desaparece, sólo la pierde su dueño, pero si la honra se mancilla, salen perjudicados la familia y los parientes todos hasta la última descendencia.

El mismo pensamiento queda patentizado en este otro refrán:

Nalilipol ang arì
ang lahì ay hindî

(La hacienda desaparece,
pero el linaje no.)

Los siguientes proverbios o máximas contienen la misma enseñanza:

Ang nanggaling sa magalíng
sumamâ ma'y gagalíng din.

(El que procede de buena familia
puede errar una vez, pero siempre será un hombre de bien.)

Maputî man at duróg,
daíg nang garingang subòk.

(Vale más arroz moreno íntegro,
que arroz blanco desmenuzado.)

Maiwan na ang saya,
huwág lamang ang dasa.

(Déjese el traje,
pero no el linaje.)

CINCO REGLAS DE MORAL ANTIGUA

Minamana kung arì
lumilikás kung lipì.

(Los bienes de fortuna se heredan,
pero las buenas costumbres sólo se heredan por el ejemplo de los padres.)

Huwág kang mangahás umibig
sa hindî mo kakilatis,
at kung datnan ka ng pangánib
ay hindî mo magagamit.

(No te atrevas a casar
con una mujer que no es de tu clase,
que si te ocurre un peligro,
no podrás contar con su ayuda.)

3. PETICIÓN DE MANO

Imposible describir todos los detalles de lo que Álvarez Guerra llamó "el largo ritual del código amoroso filipino," desde el enamoramiento hasta las ceremonias de la boda. Todo ello varía según la época y el lugar, como se desprende de la lectura de autores que escribieron sobre la materia desde los tiempos de la Conquista. Lo que voy a relatar ahora es el interesante ceremonial de lo que llamaríamos petición de mano, en boga aún en mi provincia en los últimos años de la dominación española.

Al anochecer, el pretendiente va a la casa de la novia y tan pronto traspasa la puerta se pone

de rodillas, con los brazos cruzados, y, con la cabeza inclinada en señal de respeto, pronuncia mansamente estas palabras: *¡Mano pô!*—(Beso la mano, señor). El padre o la madre contesta: —*Kaawaan ka nang Panginoong Dios. Tindig ka, at umupô*—(Dios te bendiga. Levántate y coge un asiento). El padre o la madre le dice a la niña que ofrezca al visitante cigarrillos. Así lo hace. Los jóvenes hablarán al principio de cosas indiferentes hasta llegar un momento psicológico en que el joven dice tembloroso y con voz apagada el *kung mamarapatin* . . . que es el permiso para pedir la mano. La niña le contesta que pida palay a sus padres, lo cual quiere decir conformidad o consentimiento por su parte.

El joven empieza entonces a llevar leña y agua a la casa de la niña, y a la noche, acompañado de sus parientes y de alguna persona de respetabilidad, se presenta a los padres a pedir palay. Si éstos dan palay es señal de asentimiento. Si alegan que no tienen a la disposición palay seco para ser descascarillado, calabaza segura. Esta ceremonia se llama *pagpapakilala.*

Suponiendo que los padres consientan en dar palay, los acompañantes se retiran, quedándose el pretendiente en casa de la niña para trabajar durante siete días, tiempo de prueba en que los padres observarán el carácter y la capacidad del

pretendiente. A la mañana siguiente de la noche en que tuvo lugar la ceremonia de la entrega del paiay, el padre de la novia preguntará al joven:

—¿Por qué estás trabajando aquí, quién te lo ha mandado?

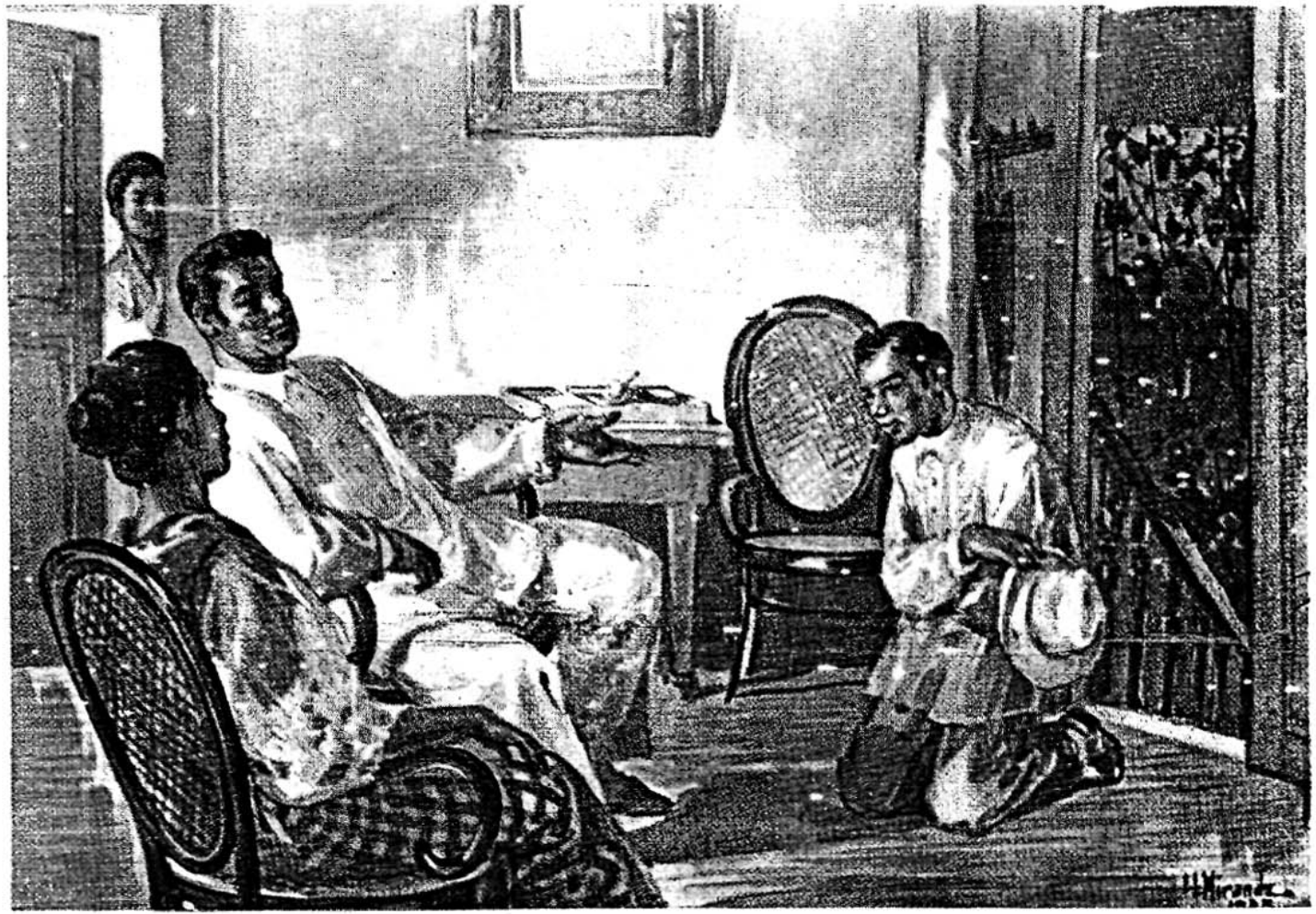
—Mi propia voluntad, señor (*Ang sarili ko pong kalooban*)—contesta el joven tembloroso.

Después de los siete días de trabajo, los padres de la novia mandan llamar a los padres del varón para concertar las condiciones y los preliminares del matrimonio. Reunidas las dos familias, el padre de la novia dice a los padres del novio:

—Vuestro joven está trabajando aquí, ¿qué es lo que queréis?

—Estamos dispuestos a lo que ustedes ordenen: si hemos pecado, prestos estamos a recibir la penitencia—contestan los padres del varón.

Se habla del *bilang* o *bigay-kaya* (dote) que puede ser en especie o en metálico insistiendo los padres de la niña en que todo ello no es más que para servir de base económica para el nuevo matrimonio. Si los padres del novio creen que el *bilang* es excesivo, lo dicen con franqueza: *Hindi pô namin kaya.* Si se conforman, viene luego lo que se llama *pamulungan*, que es cuando los parientes y amigos del varón van a la casa de la novia con siete gallos, cuatro gallinas y tres frascos de vino de coco, o de ginebra. En esta oca-



PETICIÓN DE MANO (DIBUJO DE I. L. MIRANDA)

(Véase pág. 135)

sión, se charla, se come y se bebe actuando de anfitriones los parientes del varón. Después del *pamulungan*, el varón tiene el deber de visitar en sus casas a todos los parientes de la *novia anunciándoles* el día de la boda y rogándoles no falten ese día en la casa de la novia.

4. CENTRO DE LA VIDA FAMILIAR

Cuatro cosas pedimos a la mujer, dice un proverbio chino: que la virtud more en su corazón, que la modestia brille en su frente, que la dulzura mane de sus labios y que el trabajo ocupe sus manos. Y, según un escritor contemporáneo, la esposa japonesa tiene estos deberes primordiales: el cuidado del marido, el cuidado de los niños, el cuidado de la casa, el estudio de la cortesía social, el estudio de las ceremonias florales y el conocimiento de las ceremonias del té.

La importancia y responsabilidad de la esposa filipina son mucho mayores, y en la casa, en el hogar, no tienen comparación en el mundo. Después de Dios, la mujer, dice un antiguo adagio. Si podemos afirmar que la familia es la célula social de la nación, y ahora añadimos que la esposa o la madre es el eje central de esa familia, con razón podemos concluir que en Filipinas la felicidad o el infortunio del pueblo depende grandemente de la mujer. De ahí las graves responsabilidades que pesan sobre ella. Su papel es único en la familia, y así, en las provincias

tagalas, se la llama simbólicamente *ang maybahay*—la dueña de la casa.

La mujer desempeña este inmenso cometido desde que se casa. Entonces sus múltiples deberes no le dan tiempo para otros trabajos sociales. El testimonio de graves autoridades sobre la materia es uniforme. "Las filipinas, dice Mallat, comparten muchos de los defectos de sus maridos; son más laboriosas y sensibles que ellos; son las que frecuentemente ganan para dar de comer a la familia . . ." "Ejercen grande influencia en la familia, añade Frederick H. Sawyer, y el marido raramente termina una importante tarea sin consultarla." "Son dóciles y afables y tienen mucho amor a sus maridos," según el P. Gaspar de S. Agustín. Y Retana, el crítico más audaz de las costumbres filipinas de antaño, habla así de la mujer batangueña:

> "En cuanto a actividad y deseo de ganarse la vida, queda por cima de toda ponderación: ella es negociante incansable, industriosa, prevenida, trabajadora de suyo; y de una resistencia tal, que ciertas faenas penosísimas del campo, hácelas en lugar del hombre. Por vía de pasatiempo, teje para hacer ropa a su marido e hijos; abandona el telar, y *pila*, cuándo *palay*, cuándo *mongo;* deja esta faena, y plántase sobre un montón de espigas de arroz, y, con los pies desnudos, lo trilla muy en breve. Ella es la que siega la planta del *palay;* ella la que

va al pueblo en busca de lo necesario para el sustento y demás necesidades de la casa; ella la que cocina; ella la que lava; ella, en fin, la que lo hace todo, y tiene además una virtud que raro es el hombre que la tiene: la de economizar. La india ahorra lo que puede, y trabaja con ardor por acrecentar su fondo de reserva."

Si a esto se añade lo que la mujer filipina hace y se sacrifica por el cuidado de sus hijos, su papel se sublima y llega al de una verdadera heroina. De ahí que su entrada en el matrimonio significa una verdadera renuncia. Quieran o no de verdad al futuro marido, las mujeres filipinas que se casan lloran, dice un autor extranjero. Lloran, sí, lloran de dolor. Se acuerdan de su destino, tan cruel casi como el de la que se recluye en un convento. Recordad el antiguo "kundiman" de la dalaga que se despide de la soltería:

Sa mundo'y walâ nang mahirap hanapin
paris nang humirang ng̃ kakasamahin,
kakasamahing itó'y pakáiisipin,
at baká sakaling loob mo'y dî sundín.

Tanáng kaibiga'y kusang lilimutin,
dating kasayahia'y pilit aalisín,
bawa't mang̃a kilos ay pag-iisipin,
at baká masawî sa asawang giliw.

Araw mo'y natapos sa kadalagahan
at ikaw ay haharap sa katahimikan,
tuloy lilisanin ang lahát ng̃ layaw,
dahil sa asawang dapat panimbang̃án.

(Nada hay más difícil en el mundo
que escoger a un marido.
Debemos pensar mucho antes de hacerlo
a no ser que encontremos uno malo.

Hay que olvidar las antiguas amistades,
suprimir los placeres y alegrías,
y meditar mucho cada acto vuestro
para no disgustar al querido esposo.

Vuestra vida de soltera habrá terminado,
sólo hay que buscar la paz del hogar.
Hasta las distracciones se dejarán a un lado
para complacer a vuestro marido.)

Pero la posición de la mujer en la casa, si llena de deberes y responsabilidades, no es la de esclava, *sino de compañera, de igual,* "*como no hay* ninguna otra en el Oriente," al decir de otro autor extranjero. "No sacó Dios a la mujer de la cabeza del hombre—dice el P. de Castro—porque no fué su propósito crearla para mandar al hombre; no la sacó de los pies del hombre porque tampoco fué su objeto menospreciarla y hacerla esclava del hombre; la sacó de la costilla, al lado del corazón, para que el marido la ame y la haga su compañera, su igual."

La poetisa ilocana Leona Florentina, resumió en un epitalamio poético estos deberes morales del esposo:

—A ti, esposo, te entregamos esta delicada flor, para que la cuides como un jardinero diligente, o como un sustituto de sus padres.

5. CONSEJOS A LA ESPOSA

Dice el *Lagdá* a la esposa:

"Medita que una vez que te hayas casado te parecces a una barquilla que atraviesa el océano sin más objeto que el amor de tu esposo: así, pues, aunque veas su mal genio has de amarle siempre, obedecerle y pensar en él, porque, aunque te parezca cruel, posee rasgos de ternura como el coco.

"Demuéstrale afabilidad y faz risueña para suavizar las asperezas de su carácter. Sé obediente sin pesar, aunque no debes parecerte a la brasa que se apaga con la lluvia.

"No escandalices cuando tengas que recriminar a tu marido, porque vas a arrepentirte si se aleja de ti. Si te reprende, no discutas con él porque es difícil para la marea oponerse al ímpetu de una fuerte avenida: debes esperar que se calme para después explicarle en privado tus razones.

"Si te corrige, deja que te corrija. No te parezcas a la gallina que al cogerla por el pico empieza a patalear, ni parezca tu boca un picadero cuando discute y charla. No le hagas frente ni le insultes con descaro, porque la misma raya, si le pisas, ha de pincharte con la cuchilla de su rabo. Cállate y apártate de él como si tu boca estuviese obstruída por el agua.

"En la disputa, no pretendas superioridad porque eso equivaldría a dar golpes contra el agua por aplastar su autoridad. Cállate otra vez y

guarda absoluto silencio como el bonote que al pisarlo no produce ruido alguno. Si has errado sin querer, en vez de mostrarte altanera y agresiva, sé más humilde y sumisa. Si tu marido te da consejos sobre cosas justas, acéptalos sin protesta alguna.

"No cuentes a tus familiares las dificultades y estrecheces que experimentáis en casa, pues ello equivale a tener al muerto de cuerpo presente.

"No estaría mal que viviérais cerca de tus suegros para que éstos puedan aconsejar y corregir a tu marido y te tengan más afecto y te ayuden con más interés.

"Evita el contar a tus vecinos y en las reuniones los infortunios de tu boda, porque es vergonzoso para ambos, y has de consultar a tu padre confesor tus desdichas para que pueda aconsejarte lo que tengas que hacer.

"Si tienes alguna queja de tu marido, no le insultes al extremo de que te parezcas a un loro charlatán. Debes hablarle en secreto, con palabras suaves, dulces y halagadoras.

"Si tu marido te mima no te enorgullezcas por ello, sino que debes atender mejor la casa, como si fueras una vid enroscada, y el profundo cariño que te profesa has de corresponderlo con entera humildad y obediencia en todo aquello que esté de acuerdo con los mandamientos de la Ley de Dios.

"Has de ser hacendosa y ordenada en tus cosas. No seas ociosa sino que calentarás tem-

prano la olla, como la gallina que salta a tierra muy de madrugada en busca de alimento.

"Debes procurar que tu servidumbre cumpla lo que tiene que hacer, pero no les reprendas innecesariamente ni les odies como si fueran esclavos.

"Así como no sientan bien a una mujer los trabajos varoniles ni al hombre los quehaceres de la mujer, debe causarte vergüenza el que tu esposo sea el que prepare y cocine en casa, y el que tú, como un miserable gusano, te retuerzas de pereza no pensando más que en comer, como un cerdo que se ceba en la comida.

"Aunque sientas añoranza por tus allegados, has de velar siempre por tu marido porque vuestro amor se ha fundido en uno solo.

"No eres un escarabajo que has de matar el tiempo yendo de una casa a otra, sino que has de vigilar y cuidar de la tuya sobre todo si se ausenta tu esposo.

"Aléjate de la amistad de los de dudosa reputación, pues ello es deshonroso. Una vez que te hayan contagiado de su maldad, serás como ellos, y se te pegarán como una espina clavada en tu cuerpo.

"Apártate de los hombres aunque veas que no ofrecen peligro alguno, por lo mismo que no se debe poner en contacto el fósforo con el fuego.

"Finalmente, menester es que tú procures apartar a tu esposo del juego y de la bebida; has de encaminarle al bien; y tú has de ser espejo de virtud y de pureza, de sumisión y temor a Dios."

6. CONSEJOS AL ESPOSO

Dice el *Lagdá:*

"Una vez que te hayas casado, varón, quedas vinculado en tu hogar. Vive en tu casa y vigílala. Labra la paz y la felicidad de tu esposa. Has de adorarla siempre, porque es tu cara mitad y ninguna persona te ama con entrañable cariño como ella.

"No la des disgustos; has de procurar tratarla con dulzura ya que esperas de ella el mismo trato. No la oprimas ni la demuestres que estás de mal humor. Sé con ella afable y cariñoso.

"No la amedrentes con amenazas porque te avergonzarás del escándalo, aparte de que no es *cobardía el ser vencido por una mujer.* Sabes que ella se asemeja a un tronco podrido que cae con un leve empujón.

"No la riñas si alguna vez no pueda cumplir tus mandatos porque nadie come sin que deje algo en el plato.

"No la eches en cara sus defectos porque el hombre no es como el sol que todo es claridad, ni tampoco debes dejar de corregir sus faltas porque, en dejándolas, tal vez se abulten como el grano que se irrita al rascarlo.

"Si aún es joven has de perdonar sus faltas leves.

"Llévala lentamente por la senda del bien a fin de que no yerre en su camino, y mantén vivo el amor que ella te profesa.

"No desconfíes de ella, sin motivo ni justificación alguna; pero si algo ves en ella que infunda temor, corrígela en seguida sin zaherirla ni mortificarla, y procura devolver a ella en cuanto puedas el mismo afecto y consideración.

"Complace a tu esposa en todo aquello que es justo; no discutas con ella si puedes convencerla paulatinamente. La violencia y la aspereza fomentan la discordia.

"En tus problemas y dudas pide consejos a tu mujer si no quieres precipitarte al fracaso y sufrir desengaños en la vida.

"Esposo modelo es aquel que es comedido en el hablar aunque esté enojado de su esposa, porque la prudencia es madre de la sabiduría.

"No te entregues a la ociosidad como el águila confiada, sino que procura trabajar como la hormiga para que nada falte en tu casa; y comparte con tu mujer lo que ganes pues necesita de tu amparo y protección, del mismo modo que una fruta de "talisay" se reparte entre siete hermanos. Así ella te ha de corresponder amándote al modo de las abejas que depositan la miel una vez formada la colmena.

"Aunque es propio que cuides de tu esposa, no está bien visto que por tu excesivo temor la acompañes todas las veces que salga. Evita, sin embargo, que vaya a sitios que puedan emponzoñar su reputación, como la abeja que liba el néctar de flor en flor. Tampoco debes dejarla por mucho

295948——10

tiempo sola en tu casa porque nadie puede decir que no la ha de venir alguna tentación.

"Por último, no dejes que tu mujer y tus hijos se paseen con frecuencia y por mucho tiempo, mientras te pareces a la tortuga que pone huevo o a la gallina que está clueca. Procura poner orden en tu casa y cuida de que en ella se conserve el aroma de la verdadera felicidad. Sé modelo del pueblo y siempre digno en tu modo de ser, a fin de que tus hijos sepan imitar tu buen ejemplo."

7. EL CUIDADO DE LOS HIJOS

La mujer tiene estas dos grandes responsabilidades: las tareas de la casa y el cuidado de los niños. Dentro de la frase *tareas de la casa* están la cocina, el arreglo, la limpieza, el ahorro, la administración en general, y cualquier otro trabajo o empresa de orden económico para ayudar al marido en el sostenimiento de la familia. El cuidado de los niños incluye su educación hasta que entren en la escuela, y a veces después. El padre educa a los niños en el valor, el trabajo y el sufrimiento. La madre les enseña moralidad, aseo, buenas maneras, y el temor de Dios.

Ponen mucho cuidado en este trabajo porque ellos saben que, para la comunidad, los hijos son el espejo de sus padres, y los buenos ejemplos, así como los vicios, se transmiten de generación en generación constituyendo algo así como los atributos característicos del linaje, o de la casta.

Kung anó ang kulay ng̃ langit
siyá rin ang kulay ng̃ tubig.

(El color que tenga el cielo
será el mismo que tenga el agua.)

Dî man magmana ng̃ arì
magmamana ng̃ ugalì

(Aunque no se hereda la hacienda,
se heredan las costumbres.)

La regla rigurosamente practicada sobre el cuidado y la educación de los niños es someterles a disciplina desde temprano. Puesta en máxima, reza así:

Ang kahoy na kiló't buktot
hutukin hanggang malambot,
pag lumakí na't tumayog
mahirap na ang paghutok.

(El árbol torcido y encorvado,
hay que enderezarlo mientras tierno,
que cuando ya está grande y crecido
es difícil enderezarlo.)

con esta variante:

Ang kaho'y hanggang malambot
madalì ang pag-aayos;
kung tumigás na't tumayog
mahirap na ang paghutok.

(El árbol mientras tierno
se presta mejor a ser enderezado,
pero cuando es crecido y duro
ya es difícil enderezarlo.)

Esta regla de disciplinar a los niños desde la más tierna edad está apoyada por los siguientes pensamientos proverbiales, muy conocidos:

Kung ano'ng kabataan,
siyá ang katandaán.

(Como sea la niñez,
así será la vejez.)

Ang gawâ sa pagkabatà
dalá hanggang tumandâ.

(Lo que haga de niño
seguirá haciendo de viejo.)

Anák na pinaluluhà
kayamanan sa pagtandâ.

(El hijo a quien se le hace llorar
será un tesoro en la vejez.)

Anák na di paluhain,
iná ang patatangisin.

(El hijo a quién de niño no se le hace llorar,
hará llorar después a su madre.)

Kung maghasík na maaga,
mag-aaníng walang sala.

(Si siembras temprano,
será segura tu cosecha.)

El objetivo principal de esta educación es uno solo, riguroso, inmutable: enseñarles el trabajo, la resignación y la propia suficiencia. Nada de ostentación, de lujo, de holgazanería. Se les viste conforme a la condición económica de los padres. Se les adiestra en la clase de trabajo que se requiere, o el a que sus padres están dedicados. Se les enseña el temor de Dios de la manera más dogmática. Se les hace respetar a sus padres y al hermano mayor. Se les hace conocer y respetar a los parientes más lejanos, a todos los cuales estarán dispuestos a ayudar y servir en caso necesario. Se les inculca la obligación de rendir culto a los muertos de la familia y a seguir sus buenos ejemplos.

Hay muy pocos, seguramente, entre los filipinos, que hayan dedicado tan hermosos pensamientos a esta clase de educación para la niñez, como nuestro poeta Baltasar, cuyos son estos versos que se han hecho muy populares:

Ang lakí sa layaw, karaniwa'y hubád
sa baít at muni't, sa hatol ay salát.

(Los que se crían en la comodidad se crían desnudos,
pobres de juicio y horros de consejo.)

. . . . . .
dî dapat palakhín ang batà sa sayá
at sa katuwaa'y kapág namihasa
kung iumakí'y walang hihinting ginhawa.

(. . . . . .
al niño no debe criársele en la holgura
pues el que a la alegría se acostumbra
cuando crezca no puede esperar felicidad.)

Gaya ng̃ halamang lumakí sa tubig
daho'y malalantá munting dî mádilíg,
ikinalolooy ang sandalíng init,
gayón din ang pusong sa tuwa'y mániig.

(Cual planta criada en el agua
cuyas hojas se secan si no se la riega
y las agosta un momento de calor;
así es el corazón que en la alegría se imbuya.)

8. RESPETO Y LEALTAD A LOS PADRES

Una educación fundada en tan rígida disciplina, no puede producir otro resultado, por parte de los hijos, que el respeto y la lealtad a sus padres. Esto ya lo han advertido cuantos escribieron sobre las antiguas costumbres de Filipinas. "Besan la mano no sólo a los padres sino a todos los ancianos y al hermano mayor, cada vez que se encuentran viniendo de lejos, y, como práctica general, todos los días después del toque de la oración." Los Padres Colín y Plasencia dicen que los hijos no se atreven a pronunciar el nombre de sus padres a la manera de los hebreos que no se atreven a pronunciar el nombre de su Dios. Hay un proverbio chino que dice que un buen hijo nunca cree haber hecho una obra buena hasta

que la aprueban sus padres, y esto es exactamente lo mismo que pasa en Filipinas.

Es una creencia generalizada que al hijo que levanta la mano contra sus padres, le sucede siempre una desgracia, y en cada provincia hay historias y leyendas que testifican esta creencia. En Pangasinán, cuéntase que en 1878 uno del pueblo se atrevió a levantar la mano contra su madre acostándose después en un lancape. La madre le maldijo diciendo:—"Dios quiera que no te levantes más de ahí." Efectivamente, el culpable quedó paralítico en el lancape sin poder levantarse más. Dice Isabelo de los Reyes que en Ilocos es una cosa comprobada que el hijo que levanta la mano contra sus padres, o se queda leproso, o muere ahogado, o de muerte violenta. En Bisayas, y en otras partes del Archipiélago, hay una institución típica llamada *gabà* muy parecido al *busong* de los tagalos. El *gabà* es una desgracia que sobreviene a una persona por haber faltado a sus padres o a sus hermanos mayores o a personas investidas de autoridad religiosa. Así, si un hombre se ha enfermado después de haber contestado malamente, o faltado el respeto a cualquiera de las personas arriba mencionadas, se dice en seguida: *lingabaan* (fué víctima del *gabà*). La creencia en el *gabà* es una verdadera fuerza moral para afirmar el respeto y la sumisión a los padres.

En nuestros corridos donde siempre se habla de reinados, emperadores y batallas, es tema muy

corriente la exaltación del hijo leal y el castigo del hijo traidor. Recordad la historia del *Ibong Adarna* varias veces mencionada. En *Orosman y Zafira*, comedia inédita de Francisco Baltasar, el argumento principal consiste en lo siguente: A Mahamaud, Sultán de Marruecos, cruel y despiadado, le hace la guerra el ambicioso Bousalem, padre de Abdalap y de Orosman. Bousalem triunfa, y no bien se entroniza en el poder cuando su hijo mayor, Abdalap, prepara una conspiración para destronarle. Orosman, el hijo leal, levanta un ejército para luchar contra Abdalap, el traidor, pero el Sultán Bousalem, a fin de evitar conflictos y guerra entre los dos hermanos y proteger el honor de su linaje, renuncia al trono en favor del ambicioso Abdalap. En el acto de la coronación, se expresó así:

Higantí ng̃ langit sa gawâ kong linsil!
palad ko sa mundo'y siyáng salaminín:
sa setrong inagaw sa dapat mag-angkín
anák ko ang siyáng lumupig sa akin.

(Castigo del cielo por mi indigna conducta!
Mirad en el espejo de mi propia suerte:
el cetro que arranqué a quien debía conservarlo,
ahora mi hijo, en guerra, me lo arrebata de mis
manos.)

Abdalap, en el poder, da rienda suelta a sus pasiones, sobre todo sus pasiones amorosas. Fuerza a la bella Zafira a rendirse a sus caprichos, pero Zafira, enamorada ya de Orosman, se resiste. Surgen conspiraciones contra el tirano, a quien le

matan los conspiradores proclamando Sultán a Orosman y Sultana a Zafira. Así queda premiada la virtud y castigado el crimen.

Un cantar, muy popular en las Bisayas y en la Bicolandia, que expresa la gratitud de los hijos a los autores de sus días, dice así:

Si tatay si nanay di ko babayaan
kay damo ng̃a dugô an akon naútang,
kon pag-iisipon an siyam ka búlan
ng̃a pag-inúkoy ko sa kay nanay tiyán.

(A mi padre y madre no les abandonaré;
porque les debo mucha sangre
si se tienen en cuenta los nueve meses
que permanecí en el seno de mi madre.)

9. "LOS MUERTOS MANDAN"

Lo que los filipinos consideran como su herencia más sagrada, lo que espiritualmente conserva la unidad de la familia desde tiempo inmemorial hasta los presentes días, es el buen ejemplo que dejaron los ascendientes, aún los más lejanos. El poder de los muertos, para la tradición familiar, es formidable. "Ang bilin ng̃ nasirà" (el encargo del difunto), "ang kasabihán ng̃ nasirà" (lo que solía decir el difunto), "ang ugalì ng̃ nasirà" (la costumbre del difunto), frases que se repiten diariamente en el seno del hogar, mantienen perpetuamente la memoria y el culto a los idos. Así se forma desde un principio una especie de programa de moral y de conducta humana que los descendientes ejecutan y cumplen, como

la más fuerte ligazón que les une con el pasado. No es extraordinario, pues, suponer que aún ciertos disgustos o alianzas entre dos familias grandes de un pueblo, reconocen por origen antiguas diferencias o amistades que se han transmitido de generación en generación. Lo mismo pasa hasta con las empresas y capacidades de orden material y artístico. El agricultor de hoy de Pampanga o Negros, Tayabas o Laguna, es descendiente aún de aquellos viejos que empezaron a labrar su tierra cuando no había maquinarias modernas, sino karabaw panzudo y arado de mano. Los modernos orfebres de Sta. Cruz, o de Vigan, o de Meykawayan, proceden de los antiguos plateros que hacían joyas maravillosas que ahora se cotizan muy alto como valor histórico y artístico. Lo mismo se puede decir de las tejedoras de sinamay y piña en Iloílo y Cápiz, de los sombrereros de Lukbán y Kalasiaw, y de tantos artífices de otras cien industrias domésticas en que hay trabajo menudo y arte de orfebre. Los padres enseñan a los hijos lo que, a su vez, aprendieron de sus padres y abuelos.

En las veladas del hogar,—ya que en Filipinas la vida de sociedad o de club es muy moderna y limitada,—se ensalzan la virtud y la industriosidad de los que precedieron, se citan sus frases ingeniosas, se cantan sus cantos favoritos, se repiten anécdotas de su vida, se siguen sus ejemplos, se emulan sus nobles acciones.

Tal es el legado del pasado que constituye el alma básica de una raza, sobre la cual se añaden, como en yuxtaposición, las glorias y las conquistas de las nuevas generaciones. Dice nuestro proverbio:

> Ang dî lumilingon sa pinanggalingan,
> dî makararatíng sa parorponan.

> (El que no vuelve la vista a su pasado
> no llegará a la meta de su destino.)

FIN